

EL ESPAÑOL.



VEINTA DE SEPTIEMBRE 1811.

ante moras tantis licet addere rebus.

VIRGIL.

Continúa la Representacion sobre el comercio libre de América, interrumpida en la pag. 471.

El que se ha manifestado corifeo de la oposicion es D. Miguel Agüero apoderado (segun el se denomina) del Consulado de Cadiz. Un difuso papel de treinta foxas es el resultado de la complicacion de quantas especies vulgares han lastimado nuestros oidos en estos dias; y deduciendo de ellas la inadmisibilidad del remedio propuesto, descende á ennumerar siete medios, con que cree llenar enteramente los apuros y deseos de esta superioridad. Las leyes han prefixado las acciones, que únicamente pueden legitimar la personería con que se pretende intervencion en los negocios, y reguladas aquellas por el interés individual ó por una legal representacion de las personas que lo tengan, es necesario instruir al Magistrado de los fundamentos que hacen al demandante parte legítima en el asunto sobre que desea ser oido.

D. Miguel Agüero no ha presentado á V. E. esos poderes del Consulado de Cadiz, con que se cree autorizado para avanzarse á los extremos que toca en su escrito, y esta manifestacion no solamente era indispensable para que se admitiesen sus reclamaciones, sino tambien para fixar los límites de su representacion por los que hubiesen prescrito sus constituyentes. A la calificacion de estos poderes habría sucedido una seria repulsa de la gestion que se pretendía fundár en ellos, por qué ¿ qual es el interés, quales los derechos, quales los títulos con que puede intervenir el Consulado de Cadiz en el arreglo de

TOMO III.

6 g

nuestra economia interior, en la combinacion de arbitrios que remedien los urgentes apuros que afligen á V. E.? El puerto de Cadiz no tiene con nosotros distintas relaciones que los demas puertos de la Península, la generosa resolucion de un Rey sabio cortó de raiz la feudalidad mercantil, que una continuada série de desgracias habia afirmado; todos los puertos de España quedaron igualmente habilitados para el comercio de América, y no se descubrirá un principio por donde el Consulado de Cadiz pretenda una intervencion que los demas comercios no reclaman.

Si se trata de establecer ventajas sobre nuestra ruina, basta descubrir la intencion, para que se arme contra ella el zelo del gobierno. No confirió el Soberano á V. E. la alta dignidad de Virey de estas provincias para velar sobre la suerte de los comerciantes de Cadiz; sino sobre la nuestra; trabajen en la felicidad de aquellos los encargados de su gobierno, que la nuestra es obra del zelo del xefe superior á quien está encomendada nuestra seguridad. De este recíproco contraste resulta el equilibrio y prosperidad nacional; contra la que deben influir muy poco los clamores de un gremio, que ha sido siempre notado en la nacion por sus tenaces contradicciones á los nuevos sistemas que adoptó un gobierno ilustrado para el bien general. Era un tirano monopolio el que los comerciantes de Cadiz habian usurpado, para ejercer el comercio de America con exclusion de los demas pueblos de España; trata el gobierno Soberano de distribuir á toda la nacion las ventajas de un comercio, para el que no tenia Cadiz preferentes derechos, y los clamores de esta Ciudad resuenan por todas partes, fomentando amargas quejas que nada mas obtubieron que el desprecio del Monarca, y el conocimiento general del poco pundonor con que aspiraba á una riqueza usurpada á pueblos que en nada le cedian.

Se trata del comercio de ensayo para preparar por seguras especulaciones un sólido fomento á la agricultura de estas Provincias, y se renueva una oposicion sostenida con el mas terco empeño, sin avergonzarse de contradecir á la faz del mundo la mejora de estas vastas regiones, solo porque no menguasen los ingresos de un injusto monopolio. Estas pretensiones han sido tan irregulares, como indecentes los medios con que se han fomentado: no crea V. E. que este sea un desahogo ageno de mis

principios, de las personas contra quien se dirige, y de la alta autoridad ante quien se expone: en la Real Cédula expedida en Aranjuez á 25 de Abril de 1749 se revocó el reglamento del Sr. D. Felipe V. del año de 1735, y después de indicar el goze en que se hallaba el comercio de Indias con arreglo al derecho de gentes, comun, y municipal de estos Reynos se añade: "de cuya justa posesion se despojó al comercio de estas Provincias el año de 1729 sin haberselo oido, con motivo de cierta ordenanza, que para estos y otros fines formó el Consulado de Cadiz, de la que consiguió obrepticia y subrepticamente real aprobacion por el servicio que hizo de crecida cantidad de pesos exígidós del caudal perteneciente al comun del comercio, sin haber tenido las debidas y correspondientes facultades."

Un cuerpo de comercio que siempre ha levantado el Estandarte contra el bien comun de los demás pueblos, que ha sido ignominiosamente convencido ante el Monarca del abuso rastrero de comprar el mal nacional con cantidades de que no podia disponer, ¿qué aprecio merece ante V. E. quando se le vé ingerido en un negocio que no le toca, y que no presenta otro estímulo á su oposicion que el terminarse á la comun prosperidad? Como podrá lograr acogida ante V. E. la representacion con que el apoderado de aquel cuerpo sostiene su antiguo caracter, avanzandose al extremo de entrar en una discusion política sobre los medios y arbitrios que verdaderamente convienen á nuestra situacion? ¿Quien ha consultado á este desconocido Economista, ó quien le ha autorizado para abrir dictamen sobre objetos extraños al mismo intento, en que ilegalmente se ha ingerido? Si por pura deferencia se ha admitido su personería en un asunto extraño de ella, debió reducirla á la sencilla exposicion de los perjuicios que pudieran resultar á su representado del arbitrio propuesto, pero de ningun modo debió extenderse á proponer planes y remedios que no se le han pedido ¿creerá acaso que el Consulado de Cadiz tiene interés y legítima intervencion en el arreglo interior de esta Provincia, y preferente eleccion de los recursos que puedan asegurar su felicidad?

Sostengo la causa de la patria, y no debo olvidar su honor quando defiendiendo los demás bienes reales, que espera justamente. Una discusion de tanta importancia excitará la curiosidad de los demás pueblos, las naciones

que se interésan en su resultado, desearán averiguar los medios que lo prepararon; lectores inteligentes serán los jueces de esta gran causa, y persuadidos de que no habrán intervenido en ella sugetos desnudos de los precisos conocimientos que exige la materia, lamentarán el estado de nuestras luces, quando vean los miserables papeles que forman el expediente. No nos salvará el conocimiento de las personas que los subscriben; porque siendo muy distinta la inteligente formacion de un plan de comercio, de la instruccion reducida á no equivocar el paño de Segovia con el de S. Fernando, á no confundir la brentana de Francia con la de Hamburgo, creeran que consultaron personas inteligentes, y se formará de la literatura del pais el concepto mas triste, y menos merecido.

Mas prudentes andubieron los demás comerciantes de esta Ciudad: contentandose con susurros y privadas declamaciones, han hecho conocer á todos su pesadumbre, sin atreverse á entrar en pública discusion sobre los medios de redimirla; y aunque dos ó tres dieron un paso atrevido queriendo una junta general de comercio donde se pudiesen exponer libremente las razones de su oposicion; la dificultad de encontrar mercaderes en esta Ciudad con las calidades que exige la ordenanza para poder ser admitidos en aquella junta; la confusion y algarabía que se temió justamente en aquella asamblea, y el poco fruto que se esperaba de la reunion de clamores y argumentos que no han podido hasta ahora soportar la presencia de un hombre inteligente, desvanecieron la empresa, reduciendose á la espectacion, con que vanos temores los tienen en igual estado al que sostienen en mis instituyentes las mas justas esperanzas. Así no se presentan los mercaderes con el caracter de un verdadero contradictor; pero como mi plan comprende todas las dificultades y embarazos, uniré sus quejas privadas á las que el apoderado del Consulado de Cadiz sostiene públicamente.

El primer reparo con que se pretende asustar, y contener el benéfico proyecto, es el perjuicio y ruina del comercio nacional, especialmente del de Cadiz. Oxalá fuese fundada esta reconvencion, y nos pusiese en embarazos para contestarla, pues el riesgo de no adquirir el gran bien que se nos anuncia, se templaría con el justo consuelo de sacrificarlo á verdaderas ventajas de nuestra Metrópoli: pero quales son estas, ni qual el comercio

que resulta perjudicado por nuestro beneficio? Quando se me nombra comercio nacional, entiendo aquella *circulacion de los objetos de cambio, con que el español europeo conduce á la América las mercaderías españolas que esta no tiene, y lleva en retorno la plata y demas frutos que producen estas regiones: esta es la idea de un legítimo comercio, y todo lo que se separe de un recíproco giro fundado sobre aquellos principios, queda excluido del concepto inherente á esta voz Comercio Nacional.*

Ahora pues, ¿quales son las mercaderías con que España puede hoy dia proveer nuestras necesidades, ó las que el comercio de Cadiz puede remitirnos? ¿Qual el consumo que la Metrópoli ofrece á nuestros frutos, ó la activa exportacion con que pueda suplirlo? Los pueblos que sostenían principalmente las relaciones ultramarinas, gimen baxo la opresion del enemigo: casi todas las obras de mano españolas que circulaban entre nosotros se derivaban de Cataluña, Vizcaya, las Castillas, y Galicia; en estos Reynos estaban concentradas casi todas las fabricas capaces de vivificar el comercio; pero ellos son hoy dia el teatro de una guerra sangrienta, que consumará la ruina empezada por una ocupacion destructora. No hay fábricas en el dia, ni podrá haberlas, en mucho tiempo; porque los pueblos que han resistido el yugo opresor están todos ocupados en sostener su libertad, y en conseguir á toda costa la de sus hermanos; y quando la independencia de toda la Monarquía ponga un término glorioso á tan terrible lucha, tornará la España al orden que la naturaleza ha puesto á todos los pueblos. Ella atenderá á su agricultura, y por este verdadero camino de toda solida grandeza recuperará su antigua opulencia, al paso que por la misma senda obrennos nosotros la nuestra.

Pero mientras llegan estos felices momentos, que el tiempo ha de preparar lentamente, ¿quien nos proveerá de los efectos que anualmente consume esta Provincia? El apoderado del Consulado de Cadiz presenta al comercio de aquella Ciudad con medios para sostener las relaciones nacionales; pero no produciendose cosa alguna en aquel pueblo, siendo sus comerciantes unos meros interventores de los cambios que solo pueden proporcionar las otras Provincias, no alcanzo como conserven el giro de unos efectos que la nacion ha dexado de producir. Si

sus miras son constituirse un conducto preciso por donde compre y venda el extranjero lo que puede vendernos y comprarnos en derecho, muestrenos su podatario los títulos que legitiman esta traba destructora, nosotros reclamaremos contra ella la perfecta igualdad que debe haber entre pueblos que integran esencialmente un solo Reyno, y el apoderado del Consulado de Cadiz sufrirá la rebaja de representacion que compete al podatario de unos factores del comercio extranjero.

Cadiz decaería de su antigua riqueza; pero esta es la suerte de todo pueblo que se eleva por especulaciones mercantiles sin apoyarlas en propias producciones; su comercio se verá reducido á un estrecho círculo; pero esta es una triste consecuencia de una guerra injusta que ha llevado la devastacion á aquellas fuentes de que antes se derivaba la grandeza gaditana. Entran los ejércitos franceses al abrigo de la mas negra perfidia, inundan aquellas fértiles Provincias que prestaban las materias primeras y el verdadero comercio, que fomentaban la circulacion de aquel entrepuerto; resulta por consiguiente un gran vacío en el antiguo giro, de que no debe culparse sino á la pérfida conducta de la Francia, y á los desgraciados sucesos de nuestra Metrópoli: ¿que culpa tiene Buenos-Ayres de que Cadiz no pueda remitirle las producciones nacionales que estaba en posesion de importar, ó de que no pueda distribuir en el Reyno los frutos que antes se repartían por aquel conducto?

No puede tolerarse la satisfaccion con que se asienta que el comercio con los ingleses destruyera las manufacturas de España. Las fábricas nacionales jamás pudieron proveer enteramente el consumo de América; jamás bastaron para las necesidades de la Península, y aunque se subrogó el arbitrio de comprar manufacturas extranjeras y estamparles nueva forma para españolizarlas, pocos hombres han podido decir que todos los generos que vestían eran nacionales. En vano mandó el Rey que la tercera parte de todo cargamento fuese de industria nacional; los comerciantes se valieron del fraude, para eludir esta orden, obrando no tanto la malicia quanto la imposibilidad de que nuestras fábricas correspondiesen á todas las demandas. Ello es que la mayor parte del consumo de América ha sido siempre de efectos extranjeros sin que se pueda alcanzar porque principios el comercio de la nacion haya reservado su zelo para quando no pueda

ministrar ni aun aquella pequeña parte que antes sufraga-
gaba.

Es tal el aturdimiento con que los contrarios se producen, que aun cuentan entre los golpes del comercio nacional, el que creen indispensable á la agricultura de España. Por fortuna la agricultura inglesa en nada puede competir con la de España, pues la diversidad de climas produce diversidad de frutos en ambos países, quedando á favor de los de la Península la preferencia debida á su calidad: ¿con que podrán perjudicar los ingleses los vinos de España, aceytes, y demás frutos que se acomodan á nuestro consumo? Aun las pocas fábricas españolas no recibirán perjuicio por una concurrencia que no logrará envilecer el valor de sus artefactos. Los paños españoles, los sombreros, y demás efectos propios de la Provincia se han vendido con estimacion en medio de la baratura que ocasionó la introduccion clandestina de negociaciones inglesas. Yo diría mas bien que el libre comercio con los ingleses es el único medio que le queda á la España para reparar sus quebrantos, y precaver la entera ruina de su comercio, pues valiendose de buques ingleses podrá sostener un giro que en el dia está cortado por falta de marina mercante que no tiene.

Aun quando se intente un sacrificio constituyendo á Cadiz entrepuerto de los extrangeros, será este infructuoso, porque el contrabando subiógará por vias ocultas las introducciones que en aquel sistema deben obrarse con intolerable lenitud. El giro directo quedará entonces tan debil y tan interrumpido como ahora; y nuestros apuros llegarán al extremo que V. E. está obligado á evitar; Cadiz no reportará provecho alguno con nuestra ruina, y las privaciones que le produzca el nuevo sistema serán consagradas á la integridad nacional. *Se arruinará el comercio de Cadiz, este peligro es de ninguna consideracion quando se trata de salvar una gran parte del Estado; guardese este á costa del comercio de un solo pueblo, que tiempos mas favorables proporcionarán medios legítimos de una sólida reparacion.*

El segundo mal que se deduce de la libre admission de negociaciones inglesas es la ruina del comercio de esta Ciudad; este es el perjuicio que se reclama con mas ardór, y que alarma á nuestros mercaderes, considerandose víctimas de una ruina inevitable; pero si quiere V. E. desvanecer este grande argumento, que comparezcan

los que lo proponen, que sean preguntados: que entiendan por comercio del país; y los verá V. E. confundidos sin atinar con una verdadera inteligencia, con una juiciosa demostracion de los males que lamentan. Los mercaderes, que nos venden géneros, no son el comercio; éste se distingue substancialmente de las personas que intervienen en su circulacion, y las privaciones personales inherentes á todo nuevo plan, jamas han contenido la execucion de aquellos arbitrios, que felices circunstancias preparan para inmortalizar la época de un gobierno benéfico. La siguiente explicacion desvanece las equivocaciones con que los mercaderes han sostenido una representacion usurpada á la agricultura: élla es tomada del mismo sabio español antes citado, quien la transcribió de un frances por su oportunidad para el presente caso.

“ ¿Qué viene á ser el comercio? Es el movimiento
 “ ó circulacion de los objetos de cambio, por el que nos
 “ deshacemos de nuestros sobrantes, y adquirimos lo
 “ que nos hace falta. ¿Quiénes son los que contri-
 “ buyen mas al comercio, y por consiguiente sus partes
 “ esenciales? Son los creadores de los objetos de cam-
 “ bio naturales ó manufacturados: son los agricultores
 “ y artesanos. Vosotros, comerciantes de los puertos de
 “ mar, vosotros no sois sino los corredores, los tragine-
 “ ros del comercio; mas en muchos casos sus mayores
 “ enemigos por el precio exorbitante que poneis á vues-
 “ tra intervencion. ¿Mirais en vuestras operaciones el
 “ bien del Estado? No: el oro es vuestro Dios, y el
 “ objeto de vuestras diligencias, como lo prueba el que
 “ siempre os he visto contentos de la escasez, y persar-
 “ rosos de la abundancia. Decis que protegeis al labra-
 “ dor y al artesano: ¿pero como le protegeis? Adelan-
 “ tandoles socorros de poca monta sobre su cosecha ó
 “ su trabajo, con condiciones tan usurarias, que en lugar
 “ de sacarles del ahogo, vuestro socorro les sumerge mas
 “ y mas en la pobreza. Se declara la guerra entre vues-
 “ tro Soberano y otra potencia; jamas tomáis una parte
 “ activa en la querella: ¿qué os importan las disputas
 “ de corona á corona? El comerciante, como vosotros
 “ decis, es cosmopolita ó ciudadano del universo:.....
 “ ¿quáles son vuestras miras en vuestro comercio con
 “ las colonias? Estruxar y aniquilar de tal suerte á los
 “ colonos, que en quatro ó seis años podais contar con

“ una fortuna hecha, y que no hubierais podido formar
 “ por un comercio de ganancias moderadas en quince ó
 “ veinte. En consecuencia, ¿ como tratais al comercio?
 “ Como un viagero trata los muebles de un quarto al-
 “ quilado. Nada prueba mas, añade, que dos cosas no
 “ son idénticas, como el que puedan considerarse ab-
 “ stractamente separadas. Supongamos que el labrador
 “ vendiese él mismo sus cosechas, y que el artesano las
 “ comprase en derecho con el fruto de su industria;
 “ en este caso existiría el comerciante? Esta proposi-
 “ cion es puramente teórica, confieso que la multitud y
 “ rapidéz de los cambios requiere otras manos interven-
 “ toras; pero siempre prueba, que el comercio y el co-
 “ merciante no son la misma cosa. En una palabra, es
 “ tan ridículo en los comerciantes pretender ser el comer-
 “ cio, como en los clérigos pretender ser la religion.”

“ Esta demostracion es muy brillante, para que á su
 vista continúen nuestros mercaderes usurpando la voz y
 representacion de comercio; el interés de éste consiste
 esencialmente en la activa circulacion que termina por el
 fomento de la agricultura; y el bien de esta, trascenden-
 tal á todos los ramos que dependan de ella, no puede
 sacrificarse al interés particular de sus corredores. Aun
 este pequeño mal es aparente é invérificable, pues no
 puede prosperar el comercio fundamental de la Provin-
 cia, sin que sus interventores participen las ventajas
 consiguientes á un giro que debe practicarse por medio
 de ellos. Un comercio débil y vacilante no ofrece al
 mercader sino especulaciones limitadas, que no se atreve
 á extender por las incertidumbres del éxito: una circula-
 cion activa hace suceder rápidamente las negociaciones,
 y no es menos lucrativa á los que sostienen las fuentes
 originales del giro, que á las manos intermediarias que
 manejan y dirigen la circulacion,

¿ Por qué misterio resisten nuestros mercaderes un
 comercio activo de cuyo provecho deben participar ellos
 mismos? ¿ Acaso por que cargados de efectos de Espa-
 ña, temen que la baratura consiguiente á la introduccion
 de negociaciones inglesas, haga quebrar las existencias de
 anteriores importaciones? No, señor: los estados de la
 Aduana, la vista de los almacenes y tiendas, la mas con-
 stante notoriedad deponen que los mercaderes de Buenos-
 Ayres no tienen géneros españoles; que las débiles re-
 mesas de la Metrópoli no cubren la décima parte de

nuestro consumo; y que por este respecto no pueden temer perjuicio alguno del nuevo arreglo. Los seguros conocimientos que me asisten sobre esta materia me deciden á hacer á V. E. la siguiente proposicion: mis constituyentes baxo las seguridades y fianzas de todas sus propiedades y posesiones abonan á los mercaderes de Buenos-Ayres todas las negociaciones españolas, que acrediten haber introducido por la Aduana, dándoles de aumento un cinquenta por ciento, como se les faculte para recoger de los almacenes y tiendas todos los géneros de clandestina introduccion. El comerciante honrado, que no debe su fortuna á negociaciones envueltas en delitos, no puede resistirse á esta proposicion; pero comuníquesela V. E. á los quejosos, y esto solo bastará para ahuyentarlos de su presencia.

Es este un convencimiento irresistible, que descubre los verdaderos motivos de la oposicion de nuestros mercaderes. Los que han conservado la dignidad y pureza de un buen comerciante, propenden con sinceridad á la execucion de un arbitrio, que siendo útil al pais, debe ser lisonjero á todo hombre de bien; de aqui un gran partido entre los comerciantes de primer rango á favor del libre comercio, habiendose hecho notable en el pueblo que solamente se empeñan en contradecirlo los que se ven pendientes de gruesas negociaciones de introduccion clandestina. Estos son los opositores al arbitrio propuesto por V. E.: éstos los que claman por los perjuicios de que se ven amenazados: ¿pero qué aprecio merecen sus clamores, ó que títulos pueden alegar para empeñar al gobierno á que los redima del mal que los amenaza?

Un negociante á quien la suerte de sus asuntos prepara un gran quebranto, es acreedor á la proteccion del gobierno y compasion de sus conciudadanos; es justo se le dispense todo género de consideraciones, como no se comprometa el bien general á que debe sacrificarse toda fortuna privada; pero el que se vé amenazado de una quiebra, que no sufriera sino hubiese quebrantado la ley, reportaría provecho de su propio fraude, si tubiese accion para ser protegido. Un comerciante imprudente, á quien sorprende una paz con considerables empleos en tiempo de guerra, llora su ruina, sin que pretenda turbar el placer con que rebosa la comunidad por la cesacion de tantos males; los mercaderes que contradicen nuestro beneficio, no sufren en la quiebra que padezcan, las re-

sultas de una imprudencia, sino el castigo de un grave delito: despreciaron la ley por que pudieron comprar su impunidad; sufran ahora el castigo que se les habría impuesto sino hubiesen conseguido burlar la vigilancia del gobierno; y averguénzense de implorar ante la respetable autoridad de V. E. que se sacrifique el pueblo, para que ellos gozen tranquilamente el fruto de sus delitos.

La seguridad de estos conocimientos destruye los abultados males que se derivan de la libre circulacion contra el comercio del pais; y descubiertos los verdaderos motivos de esta quexa podría repetirse la contestacion que en estos tiempos se dió á igual reclamo. Los únicos perjuicios que sufrirá el pais con el libre comercio son, primero: que decaerá el giro clandestino, por que nadie preferirá sus riesgos á la seguridad de una pública importacion. Segundo: los ocultos introductores que se llaman contrabandistas, carecerán de este honroso modo de pasar la vida, y tendrán que tomar un fusil ó aguja. Tercero: los dependientes del resguardo no serán necesarios en tanto número, ni tendrán tan crecidas obvençiones. Quarto: los subdelegados y demas partícipes en los comisos quedan perjudicados. Quinto: decaerá el espíritu militar sin las continuas batallas de los contrabandistas. Sexto: los presidios no estarán tan llenos si se evita el grande ingreso de los defraudadores, y los Curiales perderan mucho, faltándoles causas de esta especie, que les son tan lucrativas. Un Gobernador, que era entonces el ídolo de su pueblo, y cuya literatura se recordará siempre con respeto, repelió con esta irónica zumba la importunidad de los comerciantes de Cadiz, que sostenian un empeño enteramente igual al de los nuestros; y este es seguramente el lenguaje mas propio para contestar semejantes pretensiones.

El tercer mal que mas se pondera, y con que se pretende asustar á todas las gentes, es la total absorcion y falta del numerario: se clama que el comercio con los ingleses producirá una entera extraccion de nuestra moneda, de que resultará un gran vacío que sea tan funesto al gobierno como á la Provincia: pero si se medita bien este punto se conocerán los vanos temores en que se funda tan errado pronóstico deduciéndose de una inteligente discusion que esa misma extraccion de numerario, que los mercaderes lamentan, es un verdadero bien del pais, que presagian desolado. Esta proposicion

parecerá paradójica; pero yo emprendo su exposicion con formal advertencia de que por ahora prescindo de los mercaderes que se me oponen, pues los sublimes principios de la ciencia económica ni se aprenden, ni se emplean dignamente en el mostrador de una tienda.

Los extranjeros nos llevarán la plata: esto es lo mismo que decir nos llevarán los cueros, el sebo, la lana, la crin, y demás producciones de esta Provincia: la plata es un fruto ignal á los demás, está sujeto á las mismas variaciones, y la alteracion de su valor proporcionalmente á su escasez ó abundancia, sostiene en ambos casos la reciprocidad de los cambios, subrogando equivalentes del número, que en si mismo no es de uso ventajoso para el comercio: ¿Será un mal para el pais, que los frutos de su privativa produccion se exporten con una celeridad propia de la circulacion mas rápida? La solucion que se dé á esta pregunta satisfará los temores, que se fundan en la extraccion de numerario consiguiente al comercio extranjero.

La plata no es riqueza, pues es compatible con los males y apuros de una extremada miseria; élla no es mas que un signo de convencion con que se representan todas las especies comerciabiles: y sujeta á todas las vicisitudes del giro, sube ó baxa de precio en el mercado segun su escasez ó abundancia, siempre que por otra parte no crezcan ó disminuyan las demás especies, que son representadas por ella, de aqui es que su extraccion en concurrencia de los demás frutos del pais es indispensable para su prosperidad, pues estancada en número excesivo al que exige la circulacion, baxaría su valor, y refluyendo en el de las demas cosas, vendibles, se preferiría la compra del dinero por ser mas barato que los demas renglones.

Estos son principios elementales de la ciencia económica, y ellos garantéan al pais de los abultados males que se quieren derivar de la saca de dinero: quando élla fuese tan crecida que hiciese escasear este fruto de signo, aumentaría en valor lo que disminuyese en número, y puesto en estado de ser preferible la compra de otros frutos por el excesivo precio de aquel, se sostendra la circulacion por el equilibrio dimanado del mucho valor á que habia ascendido el poco número. Entonces sucederá lo que con qualesquier otro fruto; pues si el sebo escasease, por ser el mas apreciable, hasta el extremo de



retraer al comprador por los riesgos de su especulación; se convertirá á los otros frutos, que la concurrencia al primero habrá hecho decaer; y por este medio se conservará el giro fomentado con la alternativa de subida y decadencia en los efectos que son la fuente inagotable de los recíprocos empleos.

Dada á nuestro comercio la actividad y vida consiguientes á la libertad de importar y extraer, no hay riesgo alguno de que falte el numerario para las atenciones del estado y necesidades del ciudadano: el dinero necesario para la circulación interior de un país nunca se consume, por que está ligado por la misma reciprocidad de los cambios, y por el inmediato interés que todos tienen en no desprenderse de la parte precisa para la correspondencia de los negocios, y satisfaccion de las urgencias privadas. El Señor Don Victorian de Villaba demostró por convencimientos apoyados en experiencia y doctrinas de sabios economistas que para la conservación del giro interior de un pueblo comerciante basta una cantidad muy inferior á la que vulgarmente se cree; y que fixada esta por los respectivos extremos de la circulación, no hay riesgo de que por motivo alguno desaparezca. Esto es consiguiente al interés que mueve la gran máquina del comercio, pues por mucho empeño que ponga el extranjero en extraer una moneda de que espera provecho, siempre lo pondrá igual el del país en conservar un signo de que necesita para continuar sus especulaciones.

Estos principios son muy superiores á las vulgares ideas que han formado hasta ahora un comercio de factoría y corretage; pero no por eso son menos ciertos; y si á pesar de ellos se insiste en que la saca de numerario que haga el extranjero es un verdadero mal, responderé que estamos tan habituados á él, que debemos ya perderle el miedo. ¿Que extracción de plata puede haber mayor á la que sufrimos perpetuamente? Busquese un peso del Sr. D. Felipe V., ó del Sr. D. Fernando VI., y no se hallará; aun del Sr. D. Carlos III., se encontrarán muy pocos, y comparados los estados anuales de la Casa de moneda de Potosí, que casi exclusivamente nos provee de numerario, con los registros de remisiones hechas á España, resultará un pequeño residuo, el muy preciso para mantener la circulación, y que ningun esfuerzo extranjero será capaz de extraerlo, quando los de nuestros comerciantes no han podido conseguirlo.

Si V. E. desea evitar la extraccion considerable de numerario que se ha practicado en estos últimos tiempos, no tiene otro arbitrio que abrir las puertas del comercio, para que el negociante ingles pueda extenderse á todo género de exportaciones. Es funesta consecuencia del contrabando poner al introductor en la precision de extraer en dinero efectivo los valores importados. Aún que su verdadero interés está ligado al retorno de frutos sobre que pueda girar una nueva especulación, los riesgos consiguientes á una prohibicion severa le hacen renunciar las mayores ventajas, y prefiriendo la seguridad de la monéda que nunca puede conciliarse con unos frutos voluminosos, sacan en aquella todos sus valores privandose del lucro que justamente se prometen de una nueva negociacion, y privando al país del beneficio que reportaria con la continuada exportacion de sus apetecidos frutos.

Se calculan prudentemente seis millones de mercaderias inglesas introducidos en el Río de la Plata desde el año de 806: la mayor parte de estos considerables valores ha sido extraida en numerario, por que prohibida la exportacion de nuestros frutos no quedaba otro arbitrio para sacar sus caudales; algunos atropellaron los riesgos y embarcaron frutos á pesar de su absoluta prohibicion; pero un embarque clandestino de especies tan voluminosas nunca pudo ser considerable, bastandó apenas para la precaria existencia de los hacendados, que en el caso de una franca exportacion habrían llegado á la opulencia. El riesgo á que todo introductor ha expuesto una parte de su fortuna, cargando algunos frutos en medio de las dificultades casi insuperables que los rodeaban, es una prueba de la activa exportacion que logrará el país si se rompen las cadenas que han estorbado la salida.

Se manifiesta muy estrecho el círculo de las ideas de nuestros mercaderes quando creen que el resultado de una franca exportacion será la aniquilacion de nuestra monéda. El verdadero comerciante no quiere dinero quando puede llevar su importe en especies comerciables; un peso nunca será mas que ocho reales, y su valor reducido á frutos naturales ó de industria, puede ser diez, doce, ó veinte reales segun la combinacion y destino á que sea conducido. Quando este Superior Gobierno compró el bergantin ingles llamado ahora Fernando VII. se promovieron dudas sobre sí podría permitirse

al vendedor la extracción de 20 mil pesos en que fue celebrada la compra: el comerciante inglés comprendió que el apego al numerario era el origen de aquellos embarazos, y se presentó renunciando todo dinero efectivo con tal que se le permitiese sacar en frutos del país el valor del buque vendido.

Es digna de leerse esta representación que existe en la Escribanía de Superintendencia, porque en ella se advierten rasgos de un verdadero comerciante, que se condele de la poca instrucción que notaba en el país sobre materias de comercio. El enseña que no es la plata el objeto mas apreciable á un comerciante inteligente, sino los frutos y mercaderías sobre que puede extenderse en especulaciones bien calculadas; añadiendo que como el gobierno abriese las puertas de estas Provincias traería mil barcos del Tamesis, cuyos dueños remitirían gustosos fondos considerables en numerario para comprar nuestros frutos, que les son mas apreciables. Así se explican los individuos de aquella nacion, que es hoy dia la primera del mundo en materias de comercio; y V. E. puede estar seguro que su conducta no desmentiría sus promesas, debiendose esperar que las lecciones de su manejo producirían en los tristes mercaderes de la oposicion conocimientos que no tienen, é ideas generosas que en el estado presente los asustan.

Concluyamos este punto con la graciosa invectiva de un político moderno, que hallandose en igual empeño de convencer que el libre comercio no exponía á una perjudicial y ruinosa extracción del numerario, dice: “ los sectarios del antiguo sistema mercantil, que solo “ aprueban restricciones del trato humano, quando “ afectan tener miedo al vacío del dinero, que creen “ consiguiente á la franca comunicacion con los pueblos civilizados, se parecen á la secta de Peripateticos, que afectaba tener igual miedo al vacío físico, “ perdiendo por este vano horror el conocimiento de las “ leyes de la naturaleza, y estorbando siglos entéros los “ progresos del espíritu humano. Solamente debe mirarse con horror el vacío de los mejores trabajos productivos del país; el vacío que de ahí resulta en los “ bienes sólidos que proveen los artículos de subsistencia “ y las materias de las artes; y finalmente el vacío en el “ conocimiento de los verdaderos principios de la economía política, que influyen en el progreso de la riqueza

“ y prosperidad de las naciones.” Estos son los vacíos que debieran temer nuestros mercaderes, y no el de un dinero que nadie arrancará de sus manos, y que baxo el sistema prohibitivo nunca podrá influir en la verdadera riqueza de la Provincia.

Tales son los principales perjuicios que los mercaderes derivan del nuevo establecimiento: ellos son de tal naturaleza que una sencilla exposicion ha bastado para convencer que son figurados, ó necesarios; y en ambos casos no deben detener á V. E. para el benéfico arbitrio con que medita el remedio de apuros urgentísimos. Los otros males que igualmente se reclaman como consecuencia precisa del franco comercio, son tan débiles que no merecen una contestacion detenida: así me reduciré á ligeras indicaciones de los que se aparentan mas graves, y del verdadero concepto que debe formarse de estas ponderaciones.

La agricultura llegará al último desprecio. Estaba reservado al apoderado del Consulado de Cadiz este gran descubrimiento. La libre exportacion de los frutos se contempla ruinosa para la agricultura que los produce: ¿quál será entonces el medio de fomentarla? Segun los principios de nuestros mercaderes deberá ser que los frutos estén estancados, que falten compradores por la dificultad de extraerlos adonde deben consumirse, y que despues de aniquilar al labrador por no indemnizarle los costos de su cultivo y cosecha, se pierdan por una infructuosa abundancia, teniendo por último destino llenar las zanjas y pantanos de nuestras calles. Si, señor: á este grado de abatimiento ha llegado nuestra agricultura en estos últimos años, se han cegado con trigo los pantanos de esta Ciudad; pero tan miserable constitucion, que enterneco á los hombres patriotas y escandaliza á todas las gentes, es la suerte precisa de un pueblo, en que tratandose de aliviar tamaños males, se atreven á gritar los mercaderes, *se arruina la agricultura si á los frutos se les proporciona estimación y pronta salida.*

Las artes y la industria quedarán arruinadas. Era necesario en los mercaderes un empeño tan extraordinario como el presente, para que se oyesen de su boca palabras favorables á nuestros artistas; pero el favor que les dispensan es tan sincero como las intenciones con que lo producen. Fomentada la agricultura, enriquecida la tierra, deben enriquecerse igualmente los artesanos.

“ Quando los propietarios de terrenos son ricos, dice
 “ Filangieri, es rico el Estado; si estos son pobres el
 “ Estado tambien es pobre. Todas las clases de la socie-
 “ dad deben confesar, que su suerte está unida á la de
 “ los propietarios de los terrenos. El artista que les viste,
 “ que fabrica sus casas, que construye sus muebles, que
 “ trabaja los utensilios necesarios á la cultura de sus
 “ tierras; en una palabra que provee á su necesidad y á
 “ su lujo; el mercenario que les sirve, el abogado que
 “ los defiende, el mercader que comercia por ellos; el
 “ marinero y el arriero que transportan sus productos,
 “ todos estos individuos trabajarán mas y serán mejor
 “ pagados por los propietarios de los terrenos, quando
 “ ellos vendan mas caros sus productos. Si los que no
 “ son propietarios deben pagarlos á mas alto precio,
 “ tambien á mas alto precio deben ser pagadas sus obras
 “ por los propietarios.”

Es muy vergonzoso el rastrero manejo que algunos comerciantes han exercido alarmando á nuestros artesanos con abultados temores de un total abatimiento y ruina de sus obras. ¡ Qué concepto tan desfavorable formarán los demas pueblos de nuestros comerciantes, quando sepan que puestos en el empeño de influir sobre un proyecto económico relativo al comercio del pais no encontraron gremio á quien asociarse, ó que se dignase tomar parte en su demanda sino el de los herreros y zapateros! ¡ Que mengua sería tambien para nuestra reputacion si llegase á suceder que en los establecimientos económicos de que pende el bien general, y en que deben apurarse los conocimientos de los mayores hombres, se introduxesen á discurrir los zapateros!

La circunspeccion de V. E. nos libertará de este borron; y la docilidad de nuestros artistas no será sorprendida. ¡ Artesanos de Buenos-Ayres! Yo os exhorto á nombre del gremio que represento, que no os dexéis deslumbrar sobre unas ventajas, que siéndolo del pais, deben refluir en vosotros. No creais á los seductores que os precipitan, y estad seguros de que no necesitais otra prueba para desconfiar de sus promesas, que ver el zelo con que protegen vuestra causa. ¡ Quién creará á los mercaderes de Buenos-Ayres sinceramente consagrados al bien de los artistas del pais? Quando os digan que los ingleses traerán obras de todas clases; respondedles que hace tiempo se están introduciendo innumerables clandes-

tinamente, y que si esto es un gran mal, ellos solos han sido sus autores. Si os dicen que no podreis competir con los artistas extranjeros, replicad que este es un mal á que siempre habeis estado expuestos, pues las leyes los toleran y admiten francamente. Si insisten en que traeran muebles hechos, decid que los deseais para que os sirvan de regla, y adquirir por su imitacion la perfeccion en el arte, que de otro modo no podreis esperar; que aunque entonces valgan menos vuestras obras hareis mas con su producto, pnes podreis proveeros facilmente de los renglones que hoy no alcanzais sino á costa de sacrificios; y últimamente respondedles que por lo que hace á la concurrencia con vuestras obras, os es indiferente que vengan de España ó de un Reyno extranjero; y despues de recordarles la libre y abundante introduccion de obras de mano que proveía la Metrópoli, conducidles á sus propias casas, y las encontrareis adornadas con muebles que no habeis trabajado.

Las Provincias interiores se arruinarán. El apoderado del Consulado hace este fatal presagio, que lo extiende hasta creer arriesgada la union, que nos relaciona con estrechos vínculos; pero al verlo persuadido de que los tucuyos de Cochabamba se consumen en Chile, se descubre que no tiene conocimientos de los paises sobre que discurre. Las telas de nuestras Provincias no decaerán, porque el ingles nunca las proveerá tan baratas ni tan sólidas como ellas: las fábricas groseras de los paises que recientemente nacen para el comercio, tienen su aprecio y preferente consumo entre las gentes de aquellas Provincias: los telares de las nuestras no decaerán por el franco comercio; pero sobre este punto expondré en la tercera parte consideraciones que acreditarán que no somos insensibles al bien de nuestros hermanos.

La consideracion en que mas insiste el apoderado del Consulado de Cadiz, y que hasta los pulperos repiten entredientes, es que concedido á los ingleses el comercio con las Américas, es de temer que á vuelta de pocos años veamos rotos los vínculos que nos unen con la Península española. Aunque para producir tamaño atentado se toma el disfraz de atribuir este peligro á la codicia de los extranjeros, se penetra muy bien que el verdadero espíritu de esta injuriosa invectiva es suponer arriesgada la fidelidad de los americanos con el trato extranjero; pero ésta es la última prueba de lo que es capaz un

comerciante agitado por la insaciable sed de la codicia.

Por lo que hace á los ingleses nunca estarán mas seguras las Américas que quando comercien con ellas; pues una nacion sabia y comerciante detesta las conquistas, y no gira las empresas militares sino sobre los intereses de su comercio. Por lo que hace á nosotros es una injuria que solamente podría esperarse de un mercader en los trasportes de la avaricia. Es demasiado notoria la fidelidad de los americanos; la historia nos enseña que jamas ha necesitado España de otro garante para la seguridad y conservacion de estas Provincias; y la época presente nos ha proporcionado pruebas que deben envidiarnos hasta los pueblos de España. Los ingleses mirarán siempre con respeto á los vencedores del cinco de Julio, y los españoles no se olvidarán que nuestros hospitales militares no quedaron cubiertos de mercaderes, sino de hombres del pais que defendieron la tierra en que habian nacido, derramando su sangre por una dominacion que aman y veneran.

Es esta una materia sobre que no quiero discurrir, por evitar trasportes á que provoca la gravedad de la injuria: así permitame V. E. transcribir lo que dice el gran Filangieri sobre este punto. " No se me oponga que estas colonias, si llegaban á ser ricas y poderosas, desdeñarían de estar dependientes de su Madre. La carga de la dependencia solamente se hace insoportable á los hombres, quando vá unida con el peso de la miseria y de la opresion. Las Colonias Romanas tratadas con aquel espíritu de moderacion que habian inspirado el interés y la política del Senado, lexos de aborrecerla, se gloriaban de una dependencia, que constituia su gloria y su seguridad. Su condicion era envidiada aun de aquellas ciudades, que incorporadas con Roma, y baxo el importante nombre de municipios, habian juntado todas las prerogativas de ciudadanos Romanos con la conservacion de sus usos particulares, de su culto, y de sus leyes. Muchas de estas ciudades procuraron el título de Colonias, y aunque sus prerogativas eran muy diversas, no obstante baxo el imperio de Adriano no se sabia qual era la que llevaba la ventaja. Su prosperidad no las hizo jamas rebeldes, ni les inspiró la ambicion de la independencian. Lo mismo sucederia con las Colonias modernas: felices baxo su

“ Metrópoli no se atreverían á sacudir un yugo ligero y suave para buscar una independencia, que les privaría de la proteccion de su madre, sin quedar aseguradas de poder defenderse ó de la ambicion de un conquistador, ó de las intrigas de un ciudadano poderoso, ó de los peligros de la anarquía. No ha sido el exceso de las riquezas y de la prosperidad el que ha hecho revelar á las Colonias Anglicanas; ha sido el exceso de la opresion el que las ha llevado á volver contra su madre aquellas mismas armas, que tantas veces habian empenado en su defensa.”

¿ Convendrán á las potencias europeas posesiones ultramarinas? Pregunta el Marques de St. Aubin. Algunos creen que no; por que si las conservan débiles no sacan provecho de ellas; y si las hacen prosperar, se exponen á su pérdida. ¡ Ideas miserables! Exclama áquel gran político: deben tenerse estas posesiones, pues en el actual estado son indispensables para la prosperidad europea; pero es necesario labrarles su felicidad, para que la gratitud y el convencimiento de su propia conveniencia sean vínculos indestructibles de una estrecha union con su madre patria. El apoderado del Consulado podía haber sido instruido que ese mismo Cadiz, de cuyos intereses se manifiesta tan zeloso, solicitó del pueblo Romano el título de colonia, prefiriendolo al de municipio, por el suave gobierno de aquella Metrópoli; y quando ignorase esto (por que seguramente no tiene motivo para saberlo) podía en los años que lleva de América haber conocido el carácter de nuestras gentes, y abstenerse de inferir tan alta injuria á la fidelidad de unos hombres que desde los primeros años del descubrimiento de las Américas se glorian de haber dado constantemente lecciones de subordinacion á los mismos Europeos.

Yo me voy exaltando insensiblemente al ver la grave injuria que reciben estos pueblos por la menor sospecha de su fidelidad: disculpemos las expresiones del contrario; quizá no fué su intencion inferir á la América tamaño agravio; ó quizá sentó aquella proposicion para otros fines, sin alcanzar todo el veneno que encerraba. Me inclino á este benigno partido, por que el apuro de compilar argumentos ha sido tan grande, que no se ha dudado interesarse en la causa hasta la santidad de nuestra Religion y pureza de nuestras costumbres. La navecilla

de la Iglesia ha padecido en estos borrascosos tiempos violentos contrastes; pero deberíamos temer que el divino Piloto hubiese abandonado su timon si viesemos confiada la defensa de sus sacrosantos derechos á los católicos esfuerzos del apoderado del comercio de Cadiz.

D. Miguel Agüero no tiene representacion para promover acciones que no competen á sus intituyentes; el clama que peligran nuestra Religion y buenas costumbres por el libre trato con los Ingleses; pero si este peligro es bastante para cortar su comunicacion, reciben un terrible golpe sus poderdantes, pues su existencia política depende hoy principalmente de las íntimas relaciones y libre trato que sostienen con Ingleses, Moros, Judios, y hombres de toda secta, ¿Creera acaso el apoderado que la fé de los de Cadiz tiene una firmeza de que carece la nuestra? Si se hablase de las montañas de Santander podría haberse deslumbrado por el glorioso dictado de cristianos viejos, pero esto no compete á los de Cadiz con preferencia á los de la América: Aun no había caído enteramente el imperio de Mahoma en las Andalucias, quando empezó á caer el del sol en estas regiones. Llegó á predicarse en Buenos-Ayres que pecaban gravemente los padres de familia que permitian á sus hijos viajar por países extrangeros; el papel del apoderado gira sobre principios enteramente análogos á aquella máxima; pero el gobierno, sin condenar los esfuerzos de un zelo que puede ser laudable por los principios que lo inspiran, obra libremente en la combinacion de las relaciones políticas á que está vinculada la felicidad y firmeza de los imperios.

¿A qué extremos no conduce el empeño de sostener una mala causa? Desesperados los mercaderes al ver que las relaciones mas repetables no pueden hacerse servir al interés personal que los anima, prorrumpen en visibles desconciertos, llegando hasta el punto de exclaimar que se llenará la tierra de efectos que no podrán consumirse en muchos años. Si el anuncio fuese fundado, si fuesen ciertos los males que se derivan de él, deberían recaer todos en los comerciantes ingleses pues no podrían vender sus excesivas importaciones; pero no señor: el comerciante inglés sabe sobradamente, y no necesita que el nuestro le ilumine y precava sus errores; él no traera sino lo que pueda vender, y el pais no le

comprara sino lo que pueda consumir. El consumo se aumentará, porque enriquecida la campaña, é incitado el luxo naciente de unos hombres que jamas han probado comodidades, se multiplicarán éstas por la facilidad que resulta de la abundancia y baratura de buenos géneros, y de las mayores facultades para proporcionárselos:::.

Mis instituyentes se guardarían de anticipar el juicio de V. E., prefixando arreglos que son propios de esta superioridad: pero reduciendo la materia á las relaciones que tiene con el fomento de la agricultura, hacen á V. E. la siguiente súplica.

Primera. Que la admision del franco comercio se extienda al determinado término de dos años, reservando su continuacion al juicio soberano de la Suprema Junta con arreglo al resultado del nuevo plan.

Segunda. Que las negociaciones inglesas se expendan precisamente por medio de españoles, baxo los derechos de comision, ó recíprocos pactos que libremente estipulasen.

Tercera. Que qualesquiera persona por el solo hecho de ser natural del Reyno esté facultada para estas consignaciones, siendole libre la eleccion de qualesquier medios para executar las ventas, como así mismo remitir á las Provincias las negociaciones que les acomodasen.

Quarta. Que en la introduccion de los efectos paguen los derechos en la misma forma y cantidad que para los permisos particulares que se han introducido.

Quinta. Que todo introductor esté obligado á exportar la mitad de los valores importados en frutos del pais: siendo responsables al cumplimiento de esta obligacion los consignatarios españoles á cuyo cargo giran las expediciones.

Sexta. Que los frutos del pais, plata, y demas que se exportasen paguen los mismos derechos establecidos para las extracciones que se practican en buques extranjeros por producto de negros; sin que se extienda en modo alguno esta asignacion por el notable embarazo que resultaría á las exportaciones con perjuicio de la agricultura, á cuyo fomento debe convertirse la principal atencion.

Septima. Que los lienzos ordinarios de algodón que en adelante puedan entorpecer ó debilitar el expendio de los tucnyos de Cochabamba, y demas fabricas de las Provincias interiores, que son desconocidos hasta ahora

entre las manufacturas inglesas, paguen un veinte por ciento á mas de los derechos del círculo, para equilibrar de este modo su concurrencia.

Que de los dos sujetos que se elijan por esta Superioridad para veedores é interventores en los reconocimientos de los géneros, y demas concerniente al nuevo arreglo, sea uno hacendado precisamente, reservandose el apoderado de este gremio pasar á V. E. una lista de los principales hacendados sobre quienes puede recaer el nombramiento; que deberá tambien practicarse para la plaza de Montevideo.

Estos son los puntos que influyen principalmente en la prosperidad de la agricultura cuyos derechos represento en las personas de los cultivadores: el superior discernimiento de V. E. sabrá reglar por una inteligente combinacion los diferentes extremos que se deben reunir, para afirmar sobre principios estables el gran beneficio. El presentimiento de una felicidad cercana ha empezado á variar el triste aspecto que presentaban estas Provincias quando V. E. se posesionó de su mando: el pais se cree ya feliz porque sabe que trata V. E. de su prosperidad; ¿y como podrían burlarse tan justas esperanzas quando la causa del Rey se halla íntimamente unida al bien de la tierra? Yo congratúlo á mis conciudadanos porque á los peligros que amenazaban su seguridad, va á suceder el tranquilo goce de todos los bienes que hacen feliz á un pueblo: congratúlo igualmente á V. E. pues las aflicciones que sufrió al principio su corazon por el estado vacilante de este Vireynato, no han durado mas que lo muy preciso para abrir las sendas que el respeto de antiguas preocupaciones mantenía cerradas.

Es muy glorioso para V. E. que estubiese reservada al tiempo de su mando la organizacion de un plan que va á dar al gobierno un poder real de que antes carecia, y á la Provincia una existencia que solo por cálculos posibles era antes conocida: doscientos mil brazos fecundarán nuestros fértiles campos, y derramando una general abundancia atraeran sobre V. E. la gratitud y bendiciones de todos los pueblos. En la gazeta de Baltimore del mes de Marzo de este año se anunció solemnemente el aviso del caballero Foronda de que estaban autorizados todos los Cónsules españoles para otorgar patentes á los buques anglo-americanos que quisiesen comerciar en Puerto Rico, Cuba, Habana, Maracaibo, Guaira, y S.

Agustin de la Florida: dentro de poco se leerá igualmente en los papeles ingleses la relacion mercantil que ha establecido V. E. con aquella nacion; y esta noticia bará extensivos á la Metrópoli los buenos efectos de una resolucion tan justa y bien calculada.

Nada es hoy tan provechoso para la España como afirmar por todos los vínculos posibles la estrecha union y alianza de la Inglaterra. Esta nacion generosa que conteniendo de un golpe el furor de la guerra, franqueó á nuestra Metrópoli auxilios y sócorros de que en la amistad de las naciones no se encuentran exemplos, es acreedora por los títulos mas fuertes, á que no se separe de nuestras especulaciones el bien de sus vasallos. No puede ser hoy dia buen español el que mire con pesar el comercio de la Gran Bretaña: recuerdese aquellos fatales momentos, en que desquiciada nuestra Monarquía no encontraba en si misma recursos que anticipadamente habia arruinado un astuto enemigo. ¡Con que ternura se recibieron entonces los generosos auxilios con que el genio ingles puso en movimiento esa gran máquina que parecia inerte y derrumbada! ¡Con quanto júbilo se celebró su alianza, y se anunció la gran fuerza que se nos agregaba con la amistad y union de nacion tan poderosa! Es una vileza vergonzosa que apenas se ha tratado de reglar un comercio que únicamente puede salvarnos, y que no puede practicarse sino por medio de nuestros aliados, se les mire por nuestros mercaderes con una exécracion injuriosa á comerciantes tan repetables, é incompatible con el placer que antes manifestaban por sus grandes beneficios.

Acreditamos ser mejores españoles quando nos complacemos de contribuir por relaciones mercantiles á la estrecha union de una nacion generosa y opulenta, cuyos socorros son absolutamente necesarios para la independencia de la España. Sabemos que en la guerra de sucesion consiguió la Francia un libre comercio con las americas españolas, y nos avergonzariamos de negar á la gratitud lo que entonces arrancó la dependencia y el temor: en la necesidad de obrar nuestro bien no nos arrepintamos de que tenga parte en él una nacion á quien debemos tanto, y sin cuyo auxilio sería imposible la mejora que meditamos. Estos son los votos de 20 mil propietarios que represento, y el único medio de establecer con la dignidad propia del carácter de V. E. los principios de nuestra felicidad, y de la reparacion del Erario. Buenos-Ayres Setiembre 30 de 1809.



JUAN SINTIERRA

LAS DAMAS ESPAÑOLAS.

Que ha tomado parte en la representacion que á nombre de aquellas Señoras se ha impreso en Cadiz, dirigida al Rey del Reyno Unido de la Gran Bretaña.

MUY SEÑORAS MIAS :

Aunque es cosa terrible y recomendacion malísima el tener que empezar á hablar con Damas citando tiempos pasados, y suspirando entre dientes *un yo me acuerdo*, la carta ó representacion en que Vsteden comunican sus sustos á S. M. B. ha excitado en mí tales memorias, que reverdeciéndoseme estas avellanadas entrañas con una ternura que ya no puede ser sino de Padre Abuelo, he resuelto tomar la pluma con el objeto de calmar, quanto esté de mi parte, tan interesantes temores. Porque han de saber Vsteden que habrá como cosa de medio siglo que pasé una considerable parte de mi juventud en Cadiz, y aunque no conozco las tímidas bellezas que dirigen el memorial, todavia tengo presentes á algunas de las Mamás que habrán mezclado en él sus temores, y súplicas, y por vida mia que eran como soles, aunque entonces andaban á la Amiga.

Pero ya oigo que, con aquella viveza impaciente que con tanta gracia suele dar una respuesta antes de escuchar la pregunta, no hay una tertulia en Cadiz en que no se escuchen mil—¿ y que tiene que ver Juan Sintierra con nuestra representacion?—¡ Jesus! que majadero! Lo han hecho acaso ministro?—Quite Vd. allá: no lea Vsted eso—Habrá semejante tabardillo!—Mas aunque todo esto me lo figuro

como si lo viera, no dudo que pasado el primer refrigeron, la curiosidad ha de abogar por el pobre viejo, y mi carta ha de ser leida. Que digo yo leida?—y agradecida tambien—porque con toda esa bulla sé que tienen Vstedenes un corazon como la seda, que no puede guardar enemiga, ni aun despues de descargar su indignacion con un abanicazo.

Pues iba diciendo, ó empiezo á decir, Señoras mias, que la representacion me ha causado la mayor lástima del mundo: no porque yo crea que hay el menor motivo para que se angustien esos corazoncitos; sino porque segun veo, los hombres deben estar tan ocupados en guerra y política, que olvidan á Vstedenes, y las dexan estar cavilando á solas todo el dia. Asi me parece, hablando seriamente. ¿ Porque como habia yo de creer del buen juicio y madurez de los españoles que no hubiese uno que consolase á Ustedes, y calinase esos temores que exponen en su carta, quando Vstedenes mismas se dan las mas satisfactorias respuestas al exponerlos—quando Vstedenes hacen una relacion de los beneficios que han recibido de la nacion y gobierno británico, y aseguran que un *torrente de gratitud arrebatada su consideracion: ni se oyen, ni se ven, ni se tocan entre Vstedenes mas que dulces expresiones, nobles objetos, y monumentos perpétuos de gratitud eterna ácia sus bienhechores*—Como habia yo dé creer, repito, que si hubieran Vstedenes consultado su representacion con un español como los que yo conocí en mi tiempo, les habia de haber dexado dirigirse, nada menos que al Rey de la Gran Bretaña para que les desvaneciese las dudas que segun la representacion misma, han excitado los agentes de Napoleon, acerca de la conducta é intenciones del gobierno Británico? Como podria permitir que hablando Vstedenes por ellos les atribuyesen la *inconsecuente timidez* que en Damas puede pasar por

gracia, pero que en hombres seria indecente, ya fuese afectada, ya fuese verdadera?—¿Como hubiera dexado que los aliados vieses todo aquello de que “ con tan vivos colores saben mostrar los perversos agentes de aquel tirano sus iniquas interpretaciones sobre vuestra acrisolada conducta, la de vuestro gabinete y generales de vuestros exércitos, que han conseguido se propaguen hasta entre los mas fieles patriotas. Y si no es posible que triunfen jamas de la sincera y firme confianza que tienen todos los españoles en vuestros soberanos auspicios, han *logrado no obstante promover la funesta vacilacion, y la mortal angustia en algunos corazones tan pusilánimes en sus dudas, como reprehensibles en la inaccion de manifestar á V. M. estos incidentes,* inventados acaso por la astucia de aquellos viles satélites, ó por lo menos exâgerados, y falsamente interpretados por su refinada malicia; pero incidentes, Señor, que podrian ofrecer un dia resultas muy desagradables entre las grandes Naciones aliadas:::.” Por Dios, niñas, (hubiera dicho quitandose el havano de la boca) todo eso es *changuí...* Estense Vsteden quietas, y no vayan con esos cuentos á Inglaterra—porque diran que acá alborotamos á nuestras mugeres con chismorrerías—ó que las echamos delante como quando se empieza un motin.

Asi me parece que hubiera concluido el asunto uno de aquellos majos rancios que en mi tiempo, y antes que se hubieran llenado las salas de estrado de petimetres á la francesa, no abrian la boca sino para decir una gracia ó una sentencia, y sabian curar miedos mugeriles á las mil maravillas. Pero verdaderamente, es verguenza que los que Vsteden ahora padecen tengan su origen en sus mismos contertulios, y que vengamos á salir con que no hay quien cure de histéricos en Cadiz, y que es

obligacion del gobierno inglés el mandar allá la receta.

¿Y á que se reducen los temores de que han contagiado á Vsteden esos Señores? O yo he perdido el tino, ó no hay medio humano de encontrar la menor razon de ellos en la carta. Permitanme Vsteden que les ponga delante de los ojos los párrafos mismos de su representacion, y acaso Vsteden, verán que, como sucede no pocas veces, basta pararse para que se desvanezca el objeto que atormenta.

“ Todos (los agentes de Buonaparte, segun la representacion) han pretendido inspirarnos odio á vuestra persona, desconfianza en vuestro gobierno, y aversion ácia vuestros súbditos: nos han pintado á los caudillos de vuestras armas como unos ineptos, suspicaces, y asoladores de nuestro suelo, atribuyéndoles mengua en la capitulacion de Junot sobre Lisboa; cobardia, robos y tropelias en la retirada de Moore sobre Galicia; entorpecimiento en los movimientos ulteriores á la victoria de Talavera; indiferencia en las pérdidas de Ciudad-Rodrigo y Badajoz; inconstancia en el malogrado ataque de los campos de Chiclana; arrepentimiento é inaccion en los triunfos de la Albuera, y últimamente apatia y mala fé en los planes decantados para la desunion del grande ejército combinado de las tres potencias sobre el Guadiana. Asi pretenden, Señor, que lancemos de nuestra consideracion la grata memoria de los héroes de la Gran Bretaña: del solícito Dalrymple, del esforzado Moore, del intrépido Graham, del valiente Beresford, del activo, del bravo, del invencible Wellington humillador del arrogante Massena.”

¿ Con que todo eso pretenden? ¿ Con qué esos bribones de satélites de Buonaparte, quieren que Vsteden tengan por *ineptos, suspicaces, y cobardes*, á los que Vsteden mismas llaman *activos, solícitos*,

¿invencibles? Pues seguramente no es menester recurrir á S. M. B. para desahacer tan rara dificultad —porque sino es que por la condescendencia de oír á semejantes truhanes, se han llegado Vsteden á infestar con sus opiniones, no hay que salir de la sala para concluir el asunto, diciendoles con el airecito que Vsteden saben, que *son unos pillos empleados en sembrar zizaña*—y poniendole un remate al discurso con dos ó tres exclamaciones de *enredadores! y franceses!* mis hombres se quedarían tamañitos, y se les quitaría la gana de ir con embaxadas de Buonaparte á las Damas Españolas.

“ De vuestro gobierno (continúa la representacion) nos presentan mil datos denigrativos de su política: nos dicen que sus enérgicos esfuerzos tienen una sublime apariencia en nuestra defensa, y *una idea de realidad en nuestra destruccion*: que en mil ocasiones en que hubiera podido decidir nuestra gloriosa lucha, lejos de mostrar vehemencia ha ostentado una tibieza indisimulable: que habiendo podido destacar de una vez sobre nuestra península fuerzas irresistibles, y adelantar las hostilidades hasta los Pirineos ha mostrado una retraccion maliciosa en sus resoluciones y coartado *mezquinamente* las facultades de vuestros generales en España: que en el mayor ardor del belicoso Reyno de Galicia no quiso acceder á las súplicas de sus diputados, negandoles hasta por el dinero los fusiles que abundaban en vuestras armerias de Londres: que habiendo ostentado siempre su prodigalidad, derramando tesoros entre quantas potencias han sostenido guerras momentáneas contra Napoleon, solo prestó auxilios á nuestras provincias para empeñarlas en la sangrienta lucha, negándose ya á continuar sus socorros, ó prestándose á darlos en tan mezquinas sumas, y *con fines tan siniestros y restricciones tan violentas*, como desconformes á la

magnanimidad y constancia de la Nacion Española: que la idea de separacion de nuestras Américas (golpe mortal para ellas, para su digna Metrópoli, y quisa para vos mismo) no solo es grata á vuestro gabinete, sino que está sostenida por un plan de oculto manejo, citando hasta contestaciones duras entre los comandantes de vuestras fuerzas navales sobre Caracas, y Buenos-Ayres con los encargados de nuestro gobierno para estrechar su bloqueo: y por último, que repetidas veces ha exigido vuestro ministerio condescendencias humillantes para el acreditado esplendor de nuestros dignos Guerreros, y repugnantes á la dignidad, y á la plenitud de la Soberania española."

Valgate Dios por política! Quien ha sido el amanuense ó secretario que semejante párrafo de plomo ha introducido en la produccion á que prestan su nombre las Mariposas de Europa—Oh! esto no lo perdonaré en mi vida—que aunque un poco temblon, todavia tengo mis humos de galan—y no puedo sufrir que se quiera hacer creer que semejante sarta de desatinos, que semejante plasta de posma y de malicia pudiera grabarse en la memoria de ninguna española, aun quando fuese fea, beata, y hubiese cumplido los cincuenta.

Veán Vsteden con lo que sale el tal francés que se acoge á las faldas españolas! Que Inglaterra hubiera podido decidir la lucha de España en mil ocasiones—sin duda alguna—y sin gastar dinero ni gente. Que podía destacar de una vez fuerzas irresistibles sobre la Península, y adelantar las hostilidades hasta los Pirineos—Eso quisieran los *Monsiures*, para asustarme á las Damas Españolas.^{or} Con que si ahora que apenas pueden los ingleses á fuerza de habilidad contener á Marmont fuera de Portugal, las ponen en cuidado sobre las intenciones que este gobierno puede tener de esclavizarlas, buena sanfrancia se armaria si fuese allá á la vez ese exer-

gítazo que pudiese barrer á los franceses hasta los Pirineos, quedando hecho árbitro del pays. Pero la dificultad no está en eso, Señoras mías, sino en que esos ingleses como castillos, rubios y colorados que da gloria el mirarlos en esa [calle Ancha, tardan mas de veinte años en ponerse capaces de irse á matar por Vsteden—y si se mandan todos juntos, no sabremos que hacer de las damas españolas en caso de un desman. Pero ¿es posible que tambien hayan complicado á las Señoras en materias de rentas, quando por su naturaleza solo estan destinadas á gastarlas, segun he oido á mas de un millon de Maridos? Vaya! si vinieran Vsteden á Inglaterra, de quien esos contertulios se queixan que no manda dineros á España, se habian Vsteden de hacer cruces al ver comprar una India con tiras de papel, que por ninguna de ellas habian de dar en Cadiz un abanico. Es mui gracioso! que con diez millones de hombres se queixen esos caballeros de que Inglaterra no les manda gente—y con la minas de México y Potosí abiertas se enojen porque no les mandan pesos duros! ¿Pero que hay de extrañio en que se de oidos á tales queexas, si han hecho creer que con el dinero en la mano, no quieren los ingleses vender fusiles, á los diputados de Galicia.—Y las Américas?—Oh! en eso no volveré yo á meterme! No, no: qué le pregunten á mi amigo el autor del Español, como ha salido con sus argumentos, sobre la locura como él lo llama, de declarar guerra á Caracas y Buenos-Ayres, y no contentarse con que mandaran los pesos duros que ahora piden los *tertulios* á Inglaterra. Y tambien eso de hablar con dureza á *Elio*—No—eso no me gusta—Elio llevaba alli una comision::: cosa ligera—no mas que ahorcar á la Junta de Buenos-Ayres; y es mui fuera de término que con semejantes durezas como gastan los almirantes ingleses, no le dexasen añadir á la cuelga dos ó tres capitanes de

buques mercantes británicos que vendian géneros á los insurgentes. Pero los ingleses lo pagarán, segun dicen los señores tertulios: los ingleses pagarán el delito de no hacer la guerra en América, á lo qual estaban obligados desde que la Regencia se dignó declararla (aunque pudiera mui bien haberla evitado) por el mero hecho de que estaban haciendo otra guerra mucho mayor para sostener á la misma Regencia en España.—En esto soy con los *tertulios*.

Pero no seré con ellos jamas en que con semejantes cuentos exálten las imaginaciones de las amables Españolas hasta hacerlas olvidarse de su natural bondad, de modo que adelanten injurias baxo condicion, y como dicen allá, *por si forte?* “No creemos, Señor, (dicen Vsteden en sus representacion) de ningun modo en la sugestiones de los agentes malvados del vil subyugador del continente; *pero tampoco debemos ser obstinadas en despreciarlas temerariamente, ó al menos en no descubrir nuestras cavilidades.*” Y despues de pintar toda la fealdad que tendria una traicion de Inglaterra con España; despues de exclamar: “*vuestra politica falaz, seria confundida con los gritos de nuestra justicia, que llevarian de gente en gente las demonstraciones horrosas de vuestra felonía, protextando por la trigésima vez que estan Vsteden mui distantes de asentir á tan vagos é increíbles rumores; con un tono de Amazonas, que jamas pudo salir de boca Gaditana, “Que creéis (dicen Vsteden á su augusto amigo) ¿Que creís que haria el magnánimo y zeloso pueblo español? ¿Que creís que haríamos nosotras mismas? ¿Pensais Señor que nos prosternariamos á vuestras plantas? ¿Pensais que presentaríamos nuestras mejillas para que las marcasseis á vuestro arbitrio con el hierro de la esclavitud? (Dios nos asista, Señoras!) ¿Pensais que correríamos á vuestros baxeles para que nos conduxeseis á poblar alguna*

de vuestras Islas? Ya, por fin, esto no sería tan malo! Pero con perdon de Vsteden, el cumplimiento no es mui delicado.

Yo me figuro que la representacion se puede comparar á una carta que un marido, picado de caballero y atento, escribiese á una de Vsteden en esta forma:

Mi adorada Mariquita, ó Pepita, &c. Lleno de la *sensibilidad que me distingue, y alentado de la dulce confianza* que tu amor me inspira, he pensado comunicarte las noticias que acerca de tí me escriben ciertos sugetos todos los correos—supongan Vsteden que aquí el prudente marido ponía el por menor de las noticias, en un capítulo de culpas semejante en la lista de ellas al que la representacion hace al gobierno ingles, aunque mui diverso en la materia; y que luego proseguia: Yo bien sé que todas estas noticias proceden de personas que me quieren mui mal, y á tí demasiado bien. Pero si fuera verdad lo que me dicen! Perdona, niña de mis ojos, estas *cavilosidades*: yo sé que eres como una paloma; si pero fuera verdad! ¿*Que crees, ingrata hembra, que yo haria?* Piensas que habia de ser un Juan Calzas? Piensas que presentaria mi frente para que me la marcasen á tu arbitrio? O piensas que dexaria que me viniesen á poblar mi casa como si fuera isla desierta? pues bien os engañariais vos, Señora, bien se engañarian ellos, y bien saldrian vanas vuestras esperanzas, y las suyas.....—¿No seria el tal marido un prodigio de delicadeza?

Señoras mias: que Vsteden tengan temores no es extraño; pero que no haya quien los aquiete entre los que las rodean es ciertamente mui sensible, y mas sensible que todo, que se diga en la exposicion que en ella se manifiestan los sentimientos del pueblo español. Si así fuera, los temores de Vsteden serian mas que fundados, porque reinando tal desconfianza

no es posible adelantar un paso contra los franceses que tan *sans façon* quieren hacer á Vsteden una visita.

Yo celebraré que al recibo de esta estén Vsteden mas tranquilas. Yo no perdonaria trabajo en favor de este objeto, ofreciendo á Vsteden tres ó quatro disertaciones con que pudieran responder á esos *tertulios*, que tal les ponen á Vsteden las cabezas; pero ellos se quedarían en sus trece, y Vsteden se expondrían á una jaqueca con tan enorme dosis de política. El mejor remedio es, que supuesto que Vsteden conocen que son agentes de Napoleon los que inspiran estos temores, "cubiertos unos con la piel de leon, y disfrazados otros con la de oveja" hagan Vsteden un barrido de sus tertulias en que no quede ninguno de semejantes títeres con cabeza.

Queda de Vsteden su mas rendido y apasionado servidor

JUAN SINTIERRA.



EXTRACTO

De una carta sobre la abolicion del Comercio de Negros, dirigida á los propietarios, y habitantes de Yorkshire: por W. Wilberforce Esq. su representante en el Parlamento de Inglaterra.

Desde que las Cortes de España tocaron el punto de la Esclavitud de los Negros, tomé el mas vivo interes en esta importante materia, y aun me atreví á presentar al público las reflexiones que de paso me ocurrieron sobre ella. Viendo que las cortes, ocupadas en otras cuestiones aun no han decidido esta, me parece que hago un servicio á la humanidad y á mi patria, en dar un ligero extracto de una obra que tuvo grandísimo influxo en la feliz

abolición que del barbaro tráfico en esclavos, se hizo en Inglaterra.

Sin duda pertenecía á esta nacion ilustrada, y humana ser la primera en dar este exemplo al mundo, puesto que si no habia sido la que empezó tan abominable comercio, era la que por muchos años lo habia hecho con mas extension, empleando en él un capital considerable, y un número crecido de buques: era la que mas habia poblado de víctimas infelices sus colonias; era la que, con una contradicción inconcebible de su carácter y principios, las habia hecho ser mas infelices en sus dominios, que lo eran en ninguna de las posesiones ultramarinas de los Europeos.

Pero aunque la Inglaterra hizo quanto podia por dar á la humanidad satisfaccion de los anteriores agravios, no estaba en su mano el cerrar completamente las heridas ya hechas, ni impedir que las otras potencias europeas las abriesen de nuevo. Con todo, no fue del todo vano su exemplo: los Estados-Unidos lo siguieron, y el comercio de Esclavos no puede hacerse en el dia sino baxo las banderas de España y Portugal; y aun el gobierno del Brazil ha empezado á ponerle trabas, y ha manifestado su decidida determinacion de extinguirlo.

España, aunque oprimida baxo la esclavitud mas pesada, y batallando por sacudirla, no ha desoido los gritos de la humanidad en favor de los negros, y segun lo que sobre esta materia se apuntó en las cortes por uno de sus mas ilustrados miembros, temieron muchos que un engañado zelo las llevase mas allá de los límites que la razon señala.*

Los propietarios que dependen del trabajo de los negros en las posesiones españolas empezaron

* Vide El Español, No. 14, p. 151.

á alarmarse, y en la últimos papeles de la Havana, se insinuaban algunas voces de descontento, solo con el rumor de que las Córtes habian hablado del asunto.

La multitud de objetos que las ocupan, y la falta de riguroso orden con que los tratan, juntamente con los recelos que pueden inspirarles el estado precario de sus colonias, acaso impedirá que la materia vuelva á tomarse en consideracion tan pronto como debiera, ó hará que se olvide el expediente sobre ella, en poder de alguna de las comisiones. Yo juzgo que si las cortes hallan tiempo y sazón para ocuparse largo tiempo en questões abstractas como se ve por sus debates, con razon se les podrá recordar la presente, en que pueden hacer infinito con un solo decreto.

En efecto, nada mas se necesita (como ya he dicho otra vez) para extinguir de una vez el tráfico de negros, sino que el gobierno español, y el portugues lo declaren ilícito, y le nieguen la proteccion de su bandera. Semejante declaracion seria un timbre de honor para las Córtes—como es una mancha en el nombre de las dos naciones el que sirva de sagrado á los bárbaros que trafican en lágrimas, y sangre humana.

No es la abolicion de la esclavitud lo que la humanidad exige de los gobiernos europeos. Si de resultas de la opresion mas cruel é injusta (nota el autor de la carta que voy á extractar para mis lectores) se hubiese hecho perder el juicio á un individuo, si una prision de muchos años lo hubiese vuelto frenético, ponerlo en libertad absoluta, en vez de ser un acto de humanidad que resarciese el mal que se habia hecho, seria una medida necia que lo aumentaria. El grande objeto que por tantos años ocupó la atencion del Parlamento Británico, no fue dar libertad á los que no estaban capaces de ella, sino impedir que con una barbárie in-

digna de pueblos civilizados, se reduxesen los hombres por millares á la misma incapacidad de obtenerla. La sabiduria del medio que se propusó y adoptó por este respetabilísimo congreso, tiene la ventaja de que al tiempo mismo que impide que el mal de la esclavitud crezca y se perpetue en sus horrores, mejora indirectamente la suerte de los infelices que han caído en ella. Como las Cortes, y el pueblo español y americano se hallan en el mismo estado respecto á esta materia, que el Parlamento y pueblo inglés se hallaba algun tiempo hace, me parece que no se me culpará de ocupar en 1811 algunas páginas de mi periódico con una breve idea de las excelentes reflexiones que Mr. Wilberforce dirigió á sus constituyentes en 1807. Jamas se ha tratado cuestión más interesante, ni en que con mas justicia pudieran los defensores de la humanidad dirigirse á mover con declamaciones; pero se engañaria qualquiera que esperarse hallar semejante cosa en la obra presente. El autor se empeñó en tratar la cuestión sin amargura; y el tono de moderacion que reina en toda la carta, el suave calor que anima sus razones, es á mi entender la imitacion mas perfecta de la voz con que se debe hacer hablar á la razon y la justicia.

“ No es el estado de los esclavos en las Américas á lo que llamo vuestra atencion, dice el autor de la Carta; por el contrario, Africa es el objeto primario de nuestra consideracion; los efectos del tráfico de negros en ella es contra lo que levantamos nuestra voz; contra ese tráfico que produce una suma de crímenes y de miserias, que no tiene igual en los anales del mundo.”

Pocos de los que compran negros han reflexionado sobre el modo en que se proveen de ellos los mercados: esos mercados á que cada año se conducian de 80 á 100 mil personas racionales á ser vendidas de un modo acaso mas indecente que las

bestias. Este es uno de los puntos principales á que Mr. W. llama la consideracion de sus constituyentes

*“ Una gran parte de estos esclavos son prisioneros de guerra:::Segun Mr. Parke, quien entre los viajeros modernos es el que mas se ha internado en el Africa, dos son los géneros de guerra que se hacen en ella. Una, semejante á las nuestras en Europa, es guerra abierta y declarada.” *Esta, dice Parke, nos aseguran que generalmente se acaba en una sola campaña. Dase una batalla: el vencido no piensa en reunir sus tropas dispersas: la masa de los habitantes se entrega á un terror pánico; y los vencedores no tienen mas que hacer que maniatar esclavos,† y conducir los despojos y las víctimas.* Estas son trasportadas á la tierra del vencedor de donde las llevan, en tiempo oportuno, al mercado de esclavos.”

“ Pero el otro género de guerra, llamado *Tegria*, palabra que segun nos dicen, significa robo, y que solo consiste en expediciones de latrocinio, es la que provee principalmente el mercado, y la que presenta mas á las claras los efectos del comercio de Negros. Es verdad que Mr. Parke nos dice que esta especie de guerra nace de odios hereditarios, que subsisten entre los habitantes de los distritos,

* La certeza de quantos datos sienta Mr. Wilberforce en su carta, no admite la mas pequeña duda. Todo consta de las declaraciones tomadas por el Parlamento, de las cuales existe un voluminoso expediente. El partido que se opuso á la abolicion fue mui fuerte: y la *evidencia* ó el resultado de las declaraciones pasó por el crisol del mas menudo é interesado examen.

† En las relaciones de guerras Africanas notarán los lectores reflexivos expresiones semejantes á esta, que por escaparse al escritor sin pensar y sin designio, son las mas fuertes pruebas de que las personas de los vencidos son el gran botin de la guerra. De donde podemos inferir que tambien seran el incentivo mas poderoso para empezarla,

y naciones limítrofes. Pero si consideramos que el conocido compilador de los viages de Mungo Park, que era al mismo tiempo su patrono, y el único de quien esperaba premio y recompensa de sus trabajos, fue uno de los que con mas actividad se opusieron á la abolicion del comercio de esclavos, no nos admiraremos de ver que este hecho se presente aislado, sin referirlo á su primera causa. Este es el único caso, si tal lo hubo en el mundo, en que las facciones del hijo nos pueden indudablemente hacer conocer al padre. Pero sabemos por testimonios auténticos que aunque es verdad que estas guerras producen los ódios mas malignos, y por tanto ellas mismas contribuyen á perpetuarse, el grande objeto de todas, el motivo de emprenderlas que verdaderamente merece llamarse causa, es el deseo de adquirir esclavos. *Estas expediciones de salteadores*, nos dice Mr. Parke, *son de mas ó menos extension, y las hay desde 500 hombres á caballo capitaneados por el hijo del rey del pays, hasta un solo individuo armado de arco y flecha, que escondiéndose entre las ramas, aguarda á que pase alguna persona joven ó desarmada. Entonces, con la ligereza del tigre, acomete á la presa, la arrastra á la maleza, y por la noche se la lleva hecha esclava.*—*Esta correrias*, nos dice mas adelante Mr. Parke, *se ejecutan con el mayor secreto: un corto número de hombres resueltos, guiados por algunos de conocido atrevimiento y valor, atraviesan calladamente los bosques, sorprenden por la noche un pueblo indefenso, llevándose sus habitantes, y sus bienes, antes que los pueblos vecinos puedan venir á socorrerlos.::: Una mañana, dice Mr. Parke, durante mi residencia en Kamalia, nos puso en gran susto una de estas partidas. El hijo del principe de Folado, con una partida de á caballo, atravesó secretamente los bosques, un poco ácia el Sur, y saqueó á la mañana siguiente*

tres pueblos que pertenecian á un gefe poderoso de Jollonkados. El éxito de esta expedicion incitó al gobernador de otro pueblo á emprender una semejante en otra parte de la misma provincia. Habiendo reunido como doscientos de los suyos, pasó el rio por la noche, y se llevó gran número de prisioneros. Varios de los habitantes que habian escapado á estos ataques, fueron despues cogidos por los Mandingos (otro pueblo diferente de estos) en tanto que vagaban por los bosques, ó procuraban ocultarse en los valles, ó malezas de los montes."

"Estas correrias de robo, son mui frecuentes, y los habitantes de varias provincias acechan la ocasion de renovarlas. Ninguna de ellas dexa de ser correspondida bien pronto con otra, añade Mr. Parke; y en caso de no poderse reunir partidas considerables, reunense algunos amigos, y se internan en el pays del enemigo, con el objeto de robar, y de llevarse los habitantes. De este modo se excitan y perpetuan querellas hereditarias entre las naciones, tribus, pueblos, y aun familias, sin que aguarden mas para vengarse, que hallar ocasion oportuna. Tal es la pintura del interior de Africa, segun el testimonio del que mas ha penetrado en aquellas regiones en los tiempos modernos; hombre de quien es preciso decir que no se hallaba dispuesto á exágerar los males que produce el tráfico de negros."

*"Por los testimonios mas respectables sabemos que en otras partes de Africa es frecuente lo que llaman, forzar pueblos. Viene á ser lo mismo que Mr. Parke llama *Tegria*, con la diferencia, que aunque se le da el nombre de guerra, todos saben que su objeto expreso es hacer esclavos para el mercado. Hacese esta guerra, unas veces por partidas sueltas; otras por los soldados de los reyezuelos, y gefes, quienes, en ocasiones de embriaguez, cuyas consecuencias ellos mismos han llorado varias veces*

despues de vueltos del delirio, son incitados á destruir y robar los vasallos que debieran defender. El pueblo es acometido de noche: ponente fuego si se juzga necesario para aumentar la confusion, y los infelices habitantes que huyen de las llamas desnudos, son cogidos y llevados por esclavos. Esto, especialmente quando se hace en pequeño, se llama *pányar*; prueba de que ha estado en práctica tan general y antigua que ha venido á tener un nombre propio. A veces se executa esto por los europeos, especialmente quando los buques van costeando aquellas orillas, ó quando suben sus botes los ríos arriba, y pueden hacer sus presas sin ser notados: en una palabra siempre que hay ocasion de llevarse las víctimas, y ocultar el crimen. De aqui se entiende el porque los habitantes muestran tanta repugnancia á entrar en los navios de guerra, mientras no se convencen de que no es barco que trafica en negros; y la franqueza y confianza con que van abordo en este caso. Estas correrias se hacen generalmente por los mismos habitantes; pero ora mas, ora menos considerables, conforme la fuerza, y número de los que acometen, y segun el número de buques que acude á la costa, ello es que son tan freqüentes que en toda Africa no hay quien goze de la menor seguridad de su persona, ó bienes.”::::

Mas el mercado de esclavos no se abastece solamente por medio de hostilidades. La administracion de justicia, se ha hecho otro de sus instrumentos. Segun los antiguos escritores* los castigos en Africa eran sumamente ligeros; pero poco á poco se han ido acomodando al interes, especialmente cerca de la costa. Las faltas mas ligeras se

* Vide Nyendaël, y Artus de Dantzic, en la *India Orientalis* de De Bry &c.—Bosman—Barbot,

castigan con multa de uno ó mas esclavos, los que debe pagar el delinqüente, sópena de ser el mismo vendido, muy frecuentemente en beneficio del juez que da la sentencia.* Al paso que se aumenta la necesidad de hacer esclavos, se inventan, nuevos delitos, y se multiplican las acusaciones y sentencias: seduciendo á los incautos con artificios á incurrirlas. El delito imaginario de hechizería es el que mas produce, porque la pena que le corresponde es vender la familia entera del delinqüente.

Lo cierto es que en algunas partes de Africa cercanas á la costa, esta acusacion es el medio mas eficaz que tienen, especialmente los gefes, de lograr efectos europeos. La persona acusada de este delito debe estar á la prueba de lo que llaman el *agua colorada*. Si el acusado la bebe sin mal efecto, queda declarado inocente; pero si, como es mas frecuente, porque el agua está compuesta para esto, le resulta alguna indisposicion, ó muere, toda, o parte de su familia se vende á los europeos. Un testigo de vista, que expuso los efectos de este sistema, hizo mencion de haber visto al rey Sherbro, gefe del rio de este nombre, matar seis personas de este modo en una sola mañana. En algunos dilatados distritos cerca de la costa occidental de Africa, creen los naturales que casi quantos mueren, son víctimas de alguna operacion mágica; resultando de esta creencia supuesta, ó verdadera que se desconozcan los lazos mas estrechos de la natura-

* Moore, que fue factor de la compañía de Africa mucho tiempo, por los años de 1780, dice: 'Desde que este tráfico está en uso, todos los castigos se han reducido á esclavitud, porque en esto hay provecho. El empeño es encontrar delito, para poder vender al delinqüente. No solo muerte, robo, y adulterio, sino qualquier falta leve es castigada vendiendo por esclavo al que la comete.'

leza. En estos distritos se computa que dos tercios de la exportacion de esclavos, son vendidos por hechizeros. Qualquiera que se ha enriquecido, ó que tiene una familia numerosa, cuya venta puede dar ganancia considerable, excita en el gefe mas vecino los movimientos mismos que la vista de la presa en una bestia carnicera; aun él mismo tiene que vivir en un estado de perpétua inquietud y terror."

"A este catálogo deben añadirse otras dos fuentes—el hambre y la insolvencia. En tiempo de extrema escasez suelen algunos venderse á sí propios á trueque de comida; y aun mas frecuentemente, los padres venden á sus hijos para mantener al resto de la familia. Estas hambres, segun nota Mr. Parke al indicirlas como origen de esclavitud, son efectos de las guerras. Pero reflexionando por un lado, que esto es una consecuencia del modo asolador con que se hace la guerra en Africa, segun hemos notado; no será justo inferir que al tráfico de esclavos, y á los hábitos que produce, debe atribuirse el que en estas épocas de desolacion, nadie quiera dar á su vecino un bocado para que no muera de hambre, sino se entrega él, ó da á sus hijos á perpétua esclavitud?—Con respecto á deudas, é insolvencia, las leyes que rigen en Africa, presentan un exemplo notable del modo en que baxo la influencia del tráfico de esclavos, se amoldan y acomodan á este objeto todas las instituciones, y costumbres del pays, y se convierten en medio de abastecer el mercado. Los acreedores gozan del derecho de apoderarse no solo de la persona del deudor, para venderlo, sino en su defecto pueden hacer otro tanto con qualquiera de su familia: si no puede lograr ni uno ni otro puede pagarse con otro habitante del mismo pueblo, y segun Mr. Parke, basta que sea del mismo reyno. Lo cierto es que rara vez el deudor es el que sufre, sino sus

vecinos ó conciudadanos. De aquí es que no se paran en contraer deudas, porque logrando así los géneros europeos que les hacen falta, no tienen probablemente que pagar su imprudencia en sus personas. Los capitanes de los buques del tráfico, no se paran tampoco en dar géneros al fiado á los factores negros, ni estos á sus marchantes, porque saben que de un modo ú otro se les han de pagar en esclavos."

Bastaria esta pintura para convencer al mas incrédulo de los infinitos males que produce el tráfico de los europeos en los desgraciados payses africanos; y no se necesita de recurrir á testigos para estar ciertos de otros miles horrores que deben resultar de semejantes principios. Basta saber que en los puntos principales de la costa hay europeos destinados á ser factores de este comercio, y que otros factores negros son los que los proveen de esclavos; y que unos y otros derivan su riqueza de esta horrible contratacion, para imaginarse, sin temor de error, que unos y otros tratarán de dar actividad á los principios de que esperan su ganancia. Los reyezuelos vecinos son sus amigos: si necesitan armas para sus guerras, los europeos se las dan á todos: venza el que venciere, el factor jamas puede perder. La llegada de un buque que va por carga de negros llena de terror á los habitantes indefensos que saben el riesgo que les amenaza. Los capitanes, sólidos filósofos prácticos, como les llama Mr. W. conocen bien las inclinaciones de los naturales, y saben convertirlas en su provecho. Lo primero que suelen hacer es mandar un regalo de aguardiente al gefe del distrito; esto produce el deseo de mas licor: el género en que se ha de pagar está á la mano—la bebida los ciega y ensufrece—entonces es quando se determina hacer la guerra á algun pueblo vecino: y feliz, mui feliz el pueblo que está á su mando, quando la llegada del

buque solo produce una guerra, porque si no hay donde hacerla, él es el que ha de pagar con su libertad los excesos del rey, y de todos los que tengan fuerza bastante para salir á caza de hombres.

La malignidad, y la insensibilidad que contraen quantos se acostumbran á semejante trato, no perdona medio por horrible ó por repugnante que sea á la naturaleza. Lo primero es fomentar las inclinaciones viciosas de aquellos infelices habitantes: el paso siguiente es convertir en instrumentos de crimen hasta las pasiones mas nobles que en ellos ha puesto la naturaleza. Sabiendo que los negros no corrompidos por el trato europeo son mui sensibles al amor paterno, despues de incitarlos á contraer deudas, toman por prenda á sus hijos—asi es que el deudor á nadie perdona por rescatarlos. Tal es el absoluto olvido de todo principio de justicia que reina en este tráfico que preguntados los capitanes de los buques, en las declaraciones que dieron delante de la cámara de los comunes, si quando les presentaban algun negro de venta, inquirian acerca del derecho que tenia sobre él el vendedor, muchos de ellos se resintieron de la pregunta, juzgando que solo se hacia para burlarse.

Considerado, aunque sea mui ligeramente, el influxo que el comercio de las naciones europeas ha tenido en el Africa, pesados los horrores, la degradacion, y los enormes vicios que ha producido no puede menos que ocurrir la dolorosa reflexion, de que esto se debe exclusivamente á pueblos que profesan una religion de paz y mansedumbre; á pueblos que se llaman Cristianos. Los negros, que estan mui lexos de la estupidez que, por colmo de la injusticia, les han atribuido sus opresores, tienen formado su juicio de nosotros segun lo que han visto, y quantos viajeros se han internado en aquellas tierras, han oido con dolor, las ventajas

que en su opinion gozan sobre nosotros los Mahometanos. “ Con quanta verguenza debemos confesar (dice Mr. W , despues de haber recordado los bienes que el Cristianismo ha producido en Europa, y la barbarie que se atribuye al Mahometismo en los payses que ocupó algun tiempo en ella.)” Con quanta verguenza debemos confesar que en Africa parece que han cambiado los caracteres!—“ Smith, agente de la compañía Africana en 1722 nos dice” *que los negros reflexivos cuentan por su mayor desgracia la llegada de los Europeos á aquellas tierras. Dicen que nosotros los Cristianos introduximos el tráfico de esclavos, y que antes de nuestra llegada vivian en paz. Pero se ve, dicen ellos, que donde quiera que va el Cristianismo allá va con él la espada, el cañon, la polvora, y las balas.*”

“ Esta pintura parece merecer mas atencion, hecha como la tenemos por Mr. Parke, cuyo viage es de nuestros dias, y cuyo conocimiento de Africa es mas extenso. Hablando de la nación Foulah, en que es mui comun el Mahometismo, dice *que no se conoce entre ellos la persecucion religiosa; ni tampoco es necesario, porque el systema mahometano tiene medios mucho mas eficaces de extenderse. Por medio del establecimiento de escuelas en que los muchachos gentiles, igualmente que los Mahometanos, aprenden á leer por el Alcoran, y se instruyen en los dogmas del profeta, los sacerdotes Mahometanos los imprimen en sus discípulos, y forman su carácter de tal modo que ningun acontecimiento puede hacerlos titubear en lo restante de su vida. Muchas de estas escuelas he visitado en el curso de mis viages por el pays, y he observado con placer la gran docilidad, y obediente deporte de los muchachos, ansiando en mi corazon que tuviesen mejores maestros y religion mas pura. En otra parte hablando del pays de Mandingo, y*

otras naciones de Africa, y del ansia que tanto Mahometanos como Paganos, manifiestan de adquirir conocimientos, Mr. Parke habla mas claramente, mostrando quanto le duele la humillacion de su religion, y recomendando, movido de zelo cristiano y de humanidad, que procuremos introducir la luz de la verdadera creencia en aquellas regiones de tinieblas.* *Aunque los negros, dice, tienen generalmente grande idea de la riqueza y poder de los europeos, temo que los adeptos Mahometanos tienen en mucho desprecio nuestros principios religiosos. Los traficantes blancos de los distritos marítimos, se curan mui poco de contrarestar esta triste preocupacion.* “Considerado esto, no me causó tanta admiracion como sentimiento el observar que mientras que habiendo podido la supersticion Mahometana esparcir este crepúsculo de saber entre aquellos pobres pueblos, se hallen cerrados á las luces del Cristianismo. Ni podia dexas de dolerme de que estando los europeos frecuentando las costas del Africa por mas de doscientos años, los negros se hallen aun enteramente ignorantes de las doctrinas de nuestra religion santa”— “El pobre africano á quien nosotros damos nombre de bárbaro, temo yo mucho que nos mira como una raza de paganos ignorantes, aunque mui temibles.

(Se continuará.)

* Seguramente Mr. Parke se olvidó, quando sugeria este pensamiento, que la razon, y la experiencia nos enseñan que antes de tratar de difundir entre los Africanos lecciones de amor y paz, es preciso que se prohiba el comercio de Negro. A no ser así nos podrian hacer la bien sabida pregunta del americano, que atormentado por los españoles, quando seguian allí el mismo systema que aqui se recomienda, de destrozarse y convertir, ¿hay españoles en el cielo? dixo al frayle que se lo prometia si se hacia cristiano: Y respondiendole, que si, contextó, pues no quiero ir allá.



EXTRACTO

Del extracto que hace el British Review, de la obra intitulada Voyage dans la Amérique Meridionale, escrita por Dn. Felix de Azara.

Un libro, español en su origen, que trata de un pais español tan interesante en el dia como lo es Buenos-Ayres, no puede menos de ocupar algunas páginas en el *Español*. Si á mis deseos correspondiesen mis fuerzas, ó si fuera posible que las de un solo individuo bastasen á dar á un papel periódico, la abundancia de doctrina, y la variedad de materias que los trabajos reunidos de muchos producen en semejantes obras, no me contentaria con presentar á mis lectores un extracto de la crítica del *British Review* sobre el libro de Azara; ni con traducirla entera, como ahora querria hacerlo; sino que movido por el puntillo de escritor, me esforzaria por formarla original, y á mi modo.

Mas no solo la falta de tiempo me obliga á referirme á otros, sino que la de sitio en el presente número, me fuerza á no poner toda la traduccion de este artículo del *British Review* como habia intentado.

Por desgracia, y mui contra mi inclinacion las discusiones políticas han ocupado de tal manera las hojas del *ESPANOL*, que no me ha sido posible conceder sino mui pocas á las literarias, contra lo que habia pensado, y prometido al empezarlo. Como subsista aun la necesidad que me obligó á seguir este rumbo, poco hay que dudar que habiendo de dar preferencia á algunos párrafos de la crítica, la tendran los que tratan de la gran cuestión pendiente entre las colonias Españolas, y su Me-

trópoli, que tanto por las noticias como por la reflexiones que contienen pueden tener influxo en la opinion, sobre tan importante materia.

Mas como la obra sobre que recaen, aunque escrita por un español no ha podido publicarse en España, ni en su lengua nativa, seria mui fuera de razon, no dar alguna idea de ella, y de su autor á mis lectores.

Dn. Feliz de Azara, hermano de Dn. Nicolas, cuya erudicion y buen gusto son bien conocidos de los aficionados á la literatura española “ eligió en su juventud la profesion de ingeniero en que su talento y servicios lo elevaron al grado de brigadier..... En 1776 fue nombrado comisionado por parte de España para fixar los límites respectivos de los territorios españoles, y portugueses en la América Meridional sobre los quales estaban las dos córtes en disputa. Los portugueses se habian internado en los dominios de España, y la disputa se complicó de manera que Azara se halló por mucho tiempo obligado á vivir como en destierro en el centro de las extensas regiones cuyos límites habia ido á delinear.”

“ Hallabase en la flor de su juventud, y habiendose acostumbrado á los calores de las llanuras, y á la humedad de los bosques, su carácter activo y emprendedor le hizo concebir el plan no solo de describir lo interior del pays sino de levantar el mapa de las provincias, cuyos límites solamente habia delineado. Executolo á sus expensas y casi furtivamente, evitando recurrir á los intendentes por auxilio. Trece años de trabajo desagradable y solitario dieron cabo á su atrevido proyecto; y sabiendo que no debia esperar ayuda sino de los naturales del pays, cuyos retirados asilos tenia que visitar; para captar su benevolencia, y estar seguro de sus servicios, adoptó sus modales, su manera de vivir, é imitó sus costumbres mas características,

siguiendo en esto á los antiguos pobladores de Canadá, que *experimentaron constantemente que nada gana tanto la amistad y fidelidad de los indígenas como la imitacion de sus costumbres.*"

"Una maleta con ropa blanca, é instrumentos, una poca de sal, coca, y bugerías para los Indios, era todo su equipage; y de este modo atravesó desiertos, pantanos, montañas y llanuras; navegó y exploró rios, lagos, y arroyos, en busca de datos sobre que trabajar una obra que no solo sobreviviese á la primer curiosidad, sino que proporcionase á los estudiosos en regiones distantes, el poder rectificar sus ideas acerca de un pays de que hasta el presente solo tenían noticias confusas é inconexas."

De las causas que hicieron que la obra de Azara no se imprimiese en España solo se dice en general que nacieron de la arbitrariedad del gobierno de Madrid en todas materias, y de sus caprichos en las literarias. Azara no obstante, fue hecho brigadier al volver de sus viages en 1802; pero su hermano que estaba entonces de embajador en Paris le aconsejó que pidiese su retiro, y habiendolo hecho, fue á aquella capital donde su obra llamó la atencion de los inteligentes. "El trabajo y dinero que empleó Dentus en publicarla, prueban la estimacion en que era tenida. Walcknaer, traductor de varias obras apreciables: fue elegido para vertir los dos primeros tomos, y Cuvier, secretario perpétuo de la *Clase de Ciencias Físicas del Instituto &c.* se encargó de revisarlos é ilustrarlos con notas; como igualmente Sonnini, el sabio editor de las obras de Buffon, fue comisionado en traducir y comentar los dos últimos tomos que tratan de los páxaros del Paraguay."

A las noticias generales sobre el libro de Azara, sigue en el *British Review* un ligero bosquejo del contenido de la obra, en que á pesar de su brevedad

se hallan noticias bastante curiosas sobre el clima, producciones, estadística y comercio de las provincias de la Plata y Paraguay. Pero con motivo de haber tratado de estos extensos payses en la Crítica de la referida obra, el Revisor da como una segunda parte á su disertacion en que trata del estado político, deseos, y opiniones de los Americanos Españoles. “ Esto (dice) parece tanto mas necesario quanto en ninguna cuestión política ha procurado el interes individual desfigurar tanto las cosas.”::: “ Por tanto procuraremos, primero, dar un breve bosquejo de las conmociones de la América Española que han producido en los naturales sentimientos, ó acciones que pueden dar idea del estado de la opinion pública; y en seguida ayudaremos á nuestros lectores á calcular las esperanzas que pueden tenerse de dias mas claros, en que se expie por un gobierno moderado y benéfico, el enorme peso de los delitos nacionales que los gritos de América han llevado ante el trono de la eterna justicia.”

“ Los períodos á que aludimos son principalmente quatro; en ellos se da á conocer el carácter de los Indios, de los Criollos, y de los Españoles.”

“ El primero, tiene relacion con los Indios, y la insurreccion que apareció en el Perú en 1780, promovida y dirigida por Tupac-Amaru: el segundo, es la de Caracas en 1797, descrita por Depons, y otros, en que principalmente tuvieron parte los criollos: el 3º. es la expedicion inglesa al Rio de la Plata en 1806: y el último la revolucion que se está verificando.”

De la primera, y segunda insurreccion, no da mas noticias esta relacion que las que saben todos los españoles. Tupac-Amaru no logró mas que excitar á los Indios del interior á una resistencia parcial que no tuvo otro efecto que derramar sangre: y la revolucion de Caracas de 1797 fue tan inmadura

como mal combinada. “ La verdad es (dice el Revisor) que en aquella época los criollos españoles, en general, estaban opuestos á la innovacion, y mudanza; y fuera de algunos hombres atrevidos, é ilustrados, que en el retiro de sus gabinetes habian estudiado los principios de la libertad civil, y cuyos talentos se habian elevado á la contemplacion de systemas, que ni aun en sueños de esperanzas podian imaginar que se realizasen tan pronto en su pays, tenian no obstante apego al antiguo gobierno, ó mas bien miedo á las consecuencias de qualquier tentativa para sacudirlo. Aun en el dia, su miedo de la anarquía, y confusion es tan grande, que los progresos de la libertad é independencia son lentos; tanto que parece que tiemblan de verse en el borde de la emancipacion, y que desconfian de un bien para el qual apenas está dispuesta la masa del pueblo.”

“ En prueba de esto pudieramos traer el testimonio de muchos individuos respetables, naturales del pays, como igualmente la autoridad de documentos auténticos; pero nos limitaremos á la relacion del general Belgrano á la Junta de Buenos-Ayres, publicada por ella el 4 de Febrero pasado::: Este general, detallando sus operaciones en el Paraguay dice: Estoy convencido de que este pays no quiere perder los grillos, aunque me persuado que con el tiempo llegará á convencerse de los errores en que está contra nuestra justa causa.”

Con respecto al tercer período, ó la expedicion inglesa del Rio de la Plata, el Revisor asegura “que no hay problema político de mas difícil solucion que el de averiguar qual fue su verdadero objeto. Que no se pensó en dar libertad á aquellos pueblos es bien claro por la conducta que se mandó observar á los comandantes ingleses; pero que habia alli mucho deseo de libertad y que los ingleses se hicieron

anti-populares por no haberlo favorecido, es una verdad indudable en la opinion del Revisor,

“ Pasamos en silencio (continúa) los bien sabidos y bochornosos acontecimientos que siguieron; pero creemos deber disipar en el público europeo un error mui general, que es atribuir á Liniers la victoria de los americanos de la Plata. La biografia tendrá pocas cosas que recordar en favor de este hombre. Antes de tomar el mando de las tropas de Buenos-Ayres era un jugador, y solo debio sus adelantamientos á la adulacion y la intriga, reunidas á la confianza mal puesta en él, y al valor del pueblo á quien despues hizo traicion. Por prueba de que ni aun tenia el valor que tan generalmente se le atribuye podemos dar el hecho de haber abandonado la ciudad en el segundo ataque del general Whitelock, y no haber vuelto hasta que habia pasado el peligro.”

“ Continué exerciendo la autoridad de virey despues de la expulsion de los ingleses, y no pasó mucho tiempo sin que se ofreciese ocasion de que el pueblo se convenciera de sus intenciones secretas de entregar el pays á los franceses. Apenas la usurpacion habia puesto sobre el trono de España una de las ramas de la familia Corsá, quando se enviaron emisarios á los principales puertos de América para poner en noticia de los gobernadores el traspaso que se habia hecho de aquellas distantes posesiones, y concertar con ellos las correspondientes medidas para reconciliar el pueblo con la nueva dynastia, baxo las promesas de mantenerlos en el mando. El comisionado destinado á Buenos-Ayres llegó allá sobre el 10 de agosto de 1808, y el dia 18 publicó Liniers una proclama, en que aconsejaba al pueblo “ que siguiesen el exemplo de los americanos sus antepasados, quienes prudentemente evitaron los desastres que afligieron á España durante la guerra de sucesion, esperando hasta

que se decidiese la suerte de la metrópoli, y obedeciendo entonces la autoridad legítima que ocupase su trono." A esto se añadían insinuaciones de que España se había ya sometido, y que la resistencia no solo era importuna, sino criminal."

"No será difícil para los que hayan observado los pasos de los habitantes de Buenos-Ayres en la carrera de sus esfuerzos patrióticos, para los que los hayan visto pelear por sus invadidos derechos, el formar una idea de sus sentimientos en esta ocasión. Amenazarlos con un yugo, mucho mas odioso que el que acababan de rechazar, no era solo un insulto de su carácter, patriotismo, y honor nacional, sino hasta de su buen juicio. Lo cierto es que Liniers había concertado con el emisario francés, que eran necesarios 30 mil hombres para mantener la provincia en respeto, y penetrar al interior; y si es que podemos dar entero crédito á una narración respetable de esta expedición, que tenemos á la vista, "la expedición debía ser mandada por un oficial español del partido francés: y los despachos que se enviaban al virey Liniers mandándole que se preparase para recibirla, fueron interceptados por los ingleses."

"Liniers continuó manejando las riendas del gobierno hasta que tomando el de España la Junta Central, mandaron á Cisneros en su lugar, con orden de que lo enviase allá preso. En esta ocasión manifestó Liniers no solo su poco espíritu, sino su falta de raciocinio, porque al fin, sus poderes eran legítimos; pero cedió sin la menor resistencia al recién venido, y se retiró á Córdoba donde por ahora lo dexaremos."

"Apenas había empezado el Virey Cisneros á ejercer el mando, quando halló que la tesorería no tenía dinero, que el pueblo no tenía esperanzas del buen éxito de la guerra de España, y que era muy general la libertad con que se hablaba en contra de

su soberanía. El virey siguiendo la rutina de estadistas rancios, en uno de aquellos casos que se burlan de todos los remedios comunes, y exigen profundidad y tino, quiso asegurarse rodeandose de todos los que habian sido antiguos instrumentos de la opresion. Todos aquellos que por sus talentos ó empleos, nada tienen que ganar en una mudanza, y todo lo arriesgan en ella, fueron con el Virey, y organizaron el acostumbrado sistema de espionage. El Dr. Cañete prostituyó su pluma formando un reglamento de treinta y un artículos, que es preciso confesar que no hemos podido leerlos sin horror— en una palabra, no se perdonó medida alguna de quantas podian remachar de nuevo los grillos en que la opinion, y la libertad personal habian gemido por tanto tiempo.”

El Revisor hace aqui particular mencion de los esfuerzos patrióticos del Dr. Moreno, cuyo memorial ó representacion en favor del comercio libre con Inglaterra he insertado casi entero en el número anterior y el presente. Cita varios trozos de él, y manifiesta su sentimiento de no poder hacer una Crítica extensa de esta obra, de la qual habla con el mayor elogio. Como mis lectores la tienen á la vista, excusaré la repeticion,* dandome prisa á concluir este extracto á que la estrechez del papel me obliga á pesar mio.

* El autor de la Crítica que extracto me ha favorecido con el original de ella, que no pudo insertarse completo en el *British Review* por ser demasiado extenso. De este original traslado el párrafo siguiente.

“ Como tributo al merito finado, haremos una digresion sobre el carácter del autor (de la Representacion) cuya reciente pérdida no solo es sentida de su patria á quien tan importantes servicios hizo, sino igualmente de todos los amigos de su nacion, y de los que saben apreciar el patriotismo unido al talento. El Dr. Moreno eligió en su juventud la profesion de abogado, y seguramente puede mirarse como una de las

La historia de la actual revolucion de Buenos Ayres está compendiada en la Crítica con toda claridad y exâctitud; pero no contiene mas noticias que las que en los papeles originales han visto mis lectores. La oposicion hecha por Liniers, y los esfuerzos de la capital en auxilio de la Ciudad de Córdoba, donde este malaconsejado habia reunido sus tropas, está breve, aunque mui exâctamente descrita: expone, como habia dilapidado los caudales públicos, como habia oprimido á los habitantes haciendo subir de punto el general descontento, hasta que avistando el pequeño ejército de Buenos-Ayres, se vio obligado á huir con unos pocos, dexando al pueblo libre para demostrar su alegria; y enfin, como abandonado hasta de aquellos pocos dió en manos de una partida que le seguia el alcanze. “ Córdoba (concluye) libre de la presencia de su tirano, votó unánimemente al Doctor Funes por su representante en la Junta, y sus habitantes

personas que mas han adornado el foro Americano. Unia el desinterés á todas las demas virtudes sociales, consagrando sus talentos al bien de su patria; y debe ser contado entre los primeros que concibieron el atrevido proyecto de elevarla á la libertad civil, objeto en que trabajó constantemente hasta verlo logrado. Acompañado de otros hombres beneméritos que habian sido puestos al frente del gobierno por voto unánime de sus conciudadanos, se atrevió, entanto que los ingleses estaban cercanos, á constituirse defensor de su patria oprimida; y llevado de un puro impulso de patriotismo, y de noble política, quando los tiempos mudaron, dedicó los momentos que le dexaban los negocios públicos, á circular en los papeles de su provincia, ideas que ilustrasen al pueblo, que difundiesen principios sólidos y liberales, y disipasen las tinieblas con que en la historia ha estado oscurecida la página reservada á la América. El Doctor Moreno tuvo el empleo de secretario de la Junta de Buenos-Ayres, con voto que se concedió por respeto á él, y á su compañero; y continuó desempeñandolo hasta que viniendo á Inglaterra, comisionado en los asuntos públicos, murió en el viage, cerca de la linea.

volvieron á gozar la paz y la tranquilidad que se habian interrumpido."

" La incorporacion de Chili con Buenos-Ayres se verificó en Septiembre de 1810, y la agregacion de este extendido, é importante reino, con la union de Córdoba, completó una jurisdiccion que llega hasta las orillas del mar del Sur. La importante provincia de Cochabamba que parte término con el Perú::: presentó su pequeño ejército en campaña, apresó parte de los conspiradores de Córdoba que se habian escapado, y libertó las ciudades vecinas, del influxo que en ellas tenia el virey de Lima. Potosí, Charcas, La Paz, Cochabamba, Córdoba y Salta, se han reunido; de forma, que á excepcion de parte del Paraguay, que está aun baxo el predominio de la corte del Brazil, la jurisdiccion de la Junta de Buenos-Ayres se extiende á todo el vireynato de la Plata, segun sus modernos límites, y á todo el reino de Chili. Dos millones y medio de habitantes se complacen en su recién nacida libertad, y se preparan á elegir diputados que los representen en el gran congreso nacional que va á reunirse. El general Belgrano con su ejército del norte habia penetrado las fronteras del Paraguay, segun las últimas noticias, y quanto su proteccion pueda defender suficientemente á los habitantes, y su fuerza, romper los carcomidos grillos del antiguo sistema, aquella parte de la provincia entrará en la liga, y el gobierno local representativo de La Plata se extenderá al Sur desde el cabo de Hornos hasta mas arriba de la Paz, cerca de los límites del Perú, terminando por el norte con el Brazil."

Se ha dicho ya tanto en el Español acerca de la contienda actual entre los payses revolucionados de América y la Metrópoli, que aunque los principios que sobre este punto y la mediacion de Inglaterra, expone el *British Review* son excelentes, me es preciso, en favor de la brevedad pasarlos por alto.

Solo daré por muestra del espíritu con que la crítica está escrita, parte de los pensamientos con que se termina, que tambien sirvan de conclusion á este extracto. “ Debemos desatender enteramente las pretensiones de aquellos que baxo pretexto de preservar las colonias á la metrópoli, solo tiran á conservarlas para los franceses; y sobre todo debemos acordarnos (los Ingleses) de que la alternativa no es ya si hemos de conservar á los Americanos Españoles en la esclavitud, ó los hemos de ayudar á lograr su libertad; porque lo primero está, por fortuna, fuera de nuestro alcance; sino, si hemos de prolongar las escenas de sangre, y discordia en aquellas regiones que tan lisongeras esperanzas presentan, ó hemos de lograr de una vez un eterno derecho á su gratitud, auxiliándolas á empezar su carrera de felicidad y de gloria.”

PAPELES DE OFICIO*.

Nota dirigida por el Honorable Henrique Wellesley, Ministro de S. M. B., al Ministro de Estado de S. M. C. Dn. Eusebio Bardaxí y Azara.

EXMO. SEÑOR:

Hasta ahora me he abstenido de llamar la atencion del gobierno español á los rumores y escritos que de algun tiempo á esta parte se han circulado en Cadiz, en la creencia de que mi tolerancia y moderacion desarmarian á los que han tratado de debilitar los lazos de amistad y confianza que tan felizmente, y con tantas ventajas de la causa, han existido hasta aqui entre la Gran Bretaña y España. Pero los papeles que se han publicado, igualmente que los rumores que se han esparcido, son ya tan injuriosos al buen nombre y carácter ingles, y tan capaces de favorecer los intereses del enemigo, y sembrar disensiones entre las naciones aliadas, que yo faltaria á á los deberes de mi cargo, y al modo de pensar pro-

* Esta nota y su respuesta estan traducidas de los papeles ingleses.

prio de un ingles deseoso del feliz éxito de esta gloriosa é importante causa, si pudiera mirar con indiferencia las injustas é infundadas calúrnias que se acumulan cada dia contra mi pátria.

Para dar una muestra de los términos en que se proponen estas proposiciones, originadas segun creo, en una cierta clase de personas, me parece que será bastante pedir á V. E. que lea el papel adjunto, en que se imputan á mi soberano, á su gobierno, y á la nacion británica, intenciones ajenas de honor, de justicia, y de buena fé, y enteramente subversivas de todos los principios sobre que ha procedido la Gran Bretaña al dar auxilio á la nacion española*. En las quejas, é imputaciones que este papel contiene, respecto de la conducta de la Gran Bretaña, se renuevan los rumores que corrieron en el mes de Marzo pasado—que las provincias españolas cercanas á Portugal se iban á sugetar al mando militar de Lord Wellington; que el ejército español se iba á poner baxo oficiales ingleses, y para decirlo de una vez que se iba á substraer de baxo las autoridades para hacer de él un ejército verdaderamente ingles. Tambien se atribuye al gobierno ingles el proyecto de mandar á Cadiz tropas suficientes para tomar posesion de esta ciudad y la Isla, y conservarla á nombre, y en posesion de S. M. B.

Considerando los sacrificios que la Gran Bretaña ha hecho en favor de la causa española; las repetidas declaraciones acerca de la conducta que ha resuelto guardar respecto de las colonias españolas, algunas de las quales se han insertado en la Gazeta de la Regencia; la prueba decisiva que acaba de dar de sus miras desinteresadas, ofreciendo su mediacion entre España y las colonias que se han negado á reconocer la autoridad de la metrópoli; considerando todo esto, yo deberia hallarme mui lexos de la necesidad de refutar acusaciones como las que se contienen en este papel. En efecto, solo viéndonos en la crítica situacion en que nos hallamos, reducidos á los estrechos límites de esta plaza, cuya conservacion depende de la harmonia y buena inteligencia, tan indispensables en todo tiempo, y mucho mas en estos críti-

* El papel á que alude esta nota es (segun entiendo) la representacion que á nombre de las damas Españolas, se imprimió ahora poco en Cadiz, y á que responde Juan Sintierra en este número.

cos momentos; solo en tales circunstancias podria someterme á la humillacion de vindicar el honor de mi pátria, acometido por papeles, cuya maligna tendencia esta tan á las claras. No obstante, deseoso de mantener sin la menor alteracion el respeto y estimacion de que estan mutuamente animadas las dos naciones, me considero en la obligacion de negar, del modo mas solemne, y positivo, en nombre de S. M. B., de su gobierno, y de toda la nacion británica, qualquiera imputacion de miras de engrandecimiento, ó de adquisicion de territorio, ni en Europa ni en América, á costa de la nacion española. En iguales positivos terminos, niego que haya el menor fundamento para la interpretacion que se da á las notas que presenté en el mes de Marzo pasado, sugiriendo que las provincias españolas limítrofes de Portugal se pusieran interinamente baxo el mando de Lord Wellington; no habiendose intentado con esto sino que pudiese sacar de ellas los auxilios militares que podian darle. En igual forma aseguro que ni mi soberano ni su gobierno han tenido intenciones de hacerse dueños de Cadiz; y que si se mandaron refuerzos á esta ciudad) fue sola y exclusivamente para contribuir á la defensa de esta importante posicion, y conservarla á la corona de España.

Ultimamente, repito lo que en muchas ocasiones he declarado á V. E.: que la Gran Bretaña, al tomar parte en esta contienda, no tuvo otro objeto que ayudar los gloriosos esfuerzos de la nacion española por recobrar su independendencia; y que ha continuado en dar sus auxilios sin ninguna idea de proprio engrandecimiento, ó de ventajas exclusivas que hubiese de sacar de las desgraciadas circunstancias á que la nacion española se halla reducida; sino solo con el objeto de contribuir á la expulsion del enemigo, y al restablecimiento de la integridad é independendencia de la monarquia española.

En conclusion, Exmo. Sor., pido con empeño á V. E. que tenga á bien presentar lo mas pronto posible esta nota al consejo de Regencia; y me creo obligado á pedir al gobierno español que le dé la publicidad conveniente, para impedir las serias consecuencias que inevitablemente resultarian si la nacion española se llegase á persuadir de que las ideas de la Gran Bretaña son como intentan pintarlas los rumores y escritos que corren en esta ciudad.

Tengo el honor de reiterar á V. E. mi distinguida consideracion.

(Firmado) H. WELLESLEY.

A. S. E. Dn. Eugenio de Bardaxi y Azara.



RESPUESTA.

Sin pérdida de tiempo he presentado al consejo de Regencia la nota que V. E. tuvo á bien pasarme en 5 del corriente, con la copia del papel poco ha impreso y publicado en esta ciudad. S. E. poseido de lo que V. E. ha tenido á bien exponer acerca de los rumores maliciosos, que tan de propósito se han esparcido aqui, me ha mandado declarar ante todo, que creyendose tan interesado como V. E. en desacreditar los rumores, y escritos que puedan en lo mas pequeño ofender el respeto y decoro debido á S. M. B. á su gobierno, y á la nacion británica, se dará priesa á publicar la nota de V. E. y esta respuesta; bien persuadido de que su publicacion no puede dexar de desengañar á los incautos, que se han dexado seducir por gentes que intentan destruir la amistad y buena inteligencia que felizmente, y sin interrupcion subsiste entre las dos naciones aliadas; y sin la qual, ni union ni concordia puede subsistir entre sus respectivos gobiernos.

Por lo que hace á las imputaciones á que alude V. E. en su nota, considerandolas como injuriosas al augusto soberano, y al gobierno de la nacion inglesa, no pueden atribuirse á la generalidad de los habitantes de Cadiz—de este baluarte de la independencian española—y mucho menos á la nacion en general, que tantas pruebas de gratitud ha dado por la generosa asistencia de la Gran Bretaña. Solamente pueden haberse originado en las imaginaciones de algunas personas, que influidas por el enemigo, ó conducidas por el deseo de hacerse singulares en sus opiniones y escritos, aspiran á una celebridad efímera, á la qual sacrifican los intereses mas sagrados de su patria, que ó no conocen, ó posponen á los suyos.

Por fortuna el número de personas empleadas en sembrar desconfianza entre las dos naciones aliadas es muy limitado, y tan inferior al de los que justamente

aprecian los generosos esfuerzos de la Gran Bretaña en la actual contienda, que nunca podran lograr el fin que se han propuesto ; antes, por el contrario, una vez conocido el artificio que emplea el enemigo para sembrar discordia, él y los instrumentos que en ello se emplean seran la exêcracion de los buenos españoles, que, sin disputa, componen el mayor número en esta vasta monarquia.

Nada prueba tanto lo que he dicho, como las sospechas injuriosas que acompañan á los rumores, y noticias esparcidas respecto á la supuesta ocupacion de Cadiz por las tropas de S. M. B. á las quales han contribuido los franceses desde el primer dia que se presentaron delante de esta plaza, á efecto de introducir discordia, y producir desconfianza en los ánimos de sus habitantes. Conocido el objeto de la impostura, no será difícil comprender las miras de los que tan solícitos y empeñados se hallan en sembrar y acreditar tales rumores ; pero el público, al leer las concluyentes expresiones de V. E. sobre este punto, y bien persuadido antes, de que los dos gobiernos deben convenir en el número de tropas necesarias para la defensa de puesto tan importante, quedará tranquilizado con la confianza que el gobierno debe inspirarles, y con la buena fé del gabinete británico.

El mismo consejo de Regencia ha sido, mas de una vez, objeto de calumnias, mas ó menos injuriosas, ya de palabra, ya por escrito ; pero, seguro como está de la rectitud de su conducta, y de que nada que sea contrario á la dignidad y decoro de su representacion puede atribuirsele con el menor viso de verdad : enteramente satisfecho de que tiene en su favor la opinion de los buenos, S. E. me ha encargado decir á V. E. que le nacion española, igualmente que su gobierno, lexos de dar oidos á las insidiosas insinuaciones con que el enemigo ha tratado constantemente de romper los fuertes lazos que unen a las dos potencias, estan plenamente convencidos de que solo los esfuerzos combinados de ambos pueden dar fin glorioso á la empresa atrevida porque pelean ; y se hallan por tanto penetrados del justo agradecimiento que deben al vivo interes con que desde el principio de la guerra ha asistido á España la Gran Bretaña, en defensa de su rey, y de su independencia.

Las expresiones que contiene esta respuesta, y las sinceras protextaciones de que el consejo de Regencia

desea vivamente, como V. E. debe saber, estrechar mas y mas cada dia las relaciones de amistad, y recíproca confianza entre las dos naciones, bastaran sin duda á calmar la inquietud que momentáneamente excitaron en V. E. los rumores y escritos que dieron motivo á su nota; y al mismo tiempo, me lisongeo, que asegurarán la continuacion de los socorros que la dolorosa situacion de España hace tan indispensables para concluir felizmente la heroica contienda en que está empeñada, y cuyo feliz resultado debe necesariamente procurarse por los esfuerzos unidos de ambas naciones. Reitero á V. E. mi estimacion y respeto. Dios güe á V. E. ms. as. Cadiz 7 de Agosto 1811.

EUSEBIO DE BARDAXI Y AZARA

CADIZ.

SOSPECHAS CONTRA INGLATERRA.

Los dos papeles de oficio que preceden muestran que el partido antibritánico se habia manifestado últimamente mui á las claras dentro de Cadiz. Peor síntoma no pudiera presentarse en las circunstancias actuales de España; y á no ser porque la buena razon del mayor número se resistirá probablemente á este artificio maligno de los amigos de Bonaparte, de ninguna de sus armas pudieran temerse peores resultados.

No se necesita mucha penetracion ni estudio para descubrir los malos efectos que estas semillas de desconfianza han de producir en los puntos libres de la Península, donde las fuerzas inglesas y españolas deben por precision hallarse reunidas, y de donde deben proceder á la reconquista de España. La masa del pueblo es naturalmente indolente en materias políticas, en tiempos tranquilos; pero es en extremo suspicaz, en circunstancias como las presentes. ¿Y que pueblo tiene mas disculpa de serlo que el español, despues que se ha visto engañado del modo

mas infame, no solo por la nacion que se llamaba su aliada y amiga, sino vendido a ella por su mismo gobierno, y aun por su mismo rey? Verdad es (en su elogio sea dicho) que tanta es su natural generosidad y nobleza, que en el hervor mismo del escarmiento que tuvo en la conducta de Francia, se arrojó sin sombra de duda ni reserva en los brazos de Inglaterra. Asi continuó lleno de entusiasmo respecto de sus aliados, hasta que la malicia, ó la falsa política de los que gobernaban la nacion, y sus ejércitos, buscó disculpas a su propia ignorancia, atribuyendo los reveses de la causa española á falta de empeño en ella de parte de los ingleses. No se dio mucho crédito al principio á semejantes imputaciones: pero hubo nuevas desgracias, y se repitieron iguales quejas: perdieronse las Andalucias; encerraronse los patriotas en Cadiz, y tal fue la disposicion que los enemigos ocultos de los ingleses creyeron hallar en el ánimo de un público agriado con las desgracias, que hasta de una victoria tomaron ocasion para excitar sospechas contra los que habian tenido en ella la mayor parte. Desde entonces acá, se empezaron á alzar la máscara, y aunque siempre vergonzantes en sus quejas y acusaciones, pintan á los aliados con los colores mas horrendos, empezando sus libelos con elogios exágerados y de mala gracia, y acabando con protextas de que estan mui lexos de creer lo que dicen, saben bien que lo que debe quedar de sus papeles en la memoria del pueblo no son las protextas mezquinas con que quieren cubrirse, sino las sospechas maliciosas con que tratan de inquietarlo.

Si los que han tomado este empeño no se proponen arruinar la causa española por sus cimientos, yo les preguntaré: ¿que buen resultado esperan de sembrar desconfianza de los ingleses? ¿No ven que, prescindiendo de la injusticia de tales sospechas, su efecto inmediato es entorpecer la cooperacion de

las potencias aliadas? Para manifestar á los españoles la impresion que deben hacer tales sospechas en los individuos de la nacion inglesa, yo les ruego que se pongan en su lugar por un momento. ¿Que diria cada uno de los habitantes de Cadiz si en Londres se publicase un gran número de papeles poniendo en duda la buena fé de los españoles; diciendo que si se resistian á los franceses, y se valian de los ingleses para ello era por ver si podian evitar buenamente el golpe; pero que en caso de verse apurados, querian tener en Cadiz un ejército ingles pequeño, para ver si lograban entregarlo á los franceses, libertandose por este medio de un saqueo? ¿Que indignacion no causaria esto (y con mucha justicia) en los ánimos españoles! Pues discurren la que sentirá la masa de la nacion inglesa, al ver que se le atribuyen miras semejantes en una causa que tan generosamente ha tomado por suya. Los efectos de semejantes rumores son naturalmente hacer que los españoles y la causa española pierdan su popularidad en Inglaterra, y en sus ejércitos: en esos mismos ejércitos de quien tanto depende la península, y que han de derramar su sangre por ella, si es que ha de quedar libre.

Pues demos de barato que los ingleses, fuesen capaces de tan mala fé; no se les provoca á ella, no se les cohonestá con estas rastreras acusaciones? Supongamosles no solo la indignidad, sino la necesidad de quererse quedar con Cadiz; ¿no podrian valerse de esos mismos papeles, diciendo á la Europa; estas son las opiniones del gobierno español que quiere sordamente preparar al pueblo en contra nuestra, para que desanimado, no ponga mucho obstáculo á acabar la contienda; nosotros en justicia debemos precavernos; nos hemos ahora apoderado de Cadiz para estar seguros, y la volveremos á su legítimo dueño si es que la España llega á ser libre?

No insistiré sobre el mal efecto que estas sospe-

chas pueden, y deben tener en las tropas españolas, y quan gran desconfianza inspirarán en el pobre soldado que sin discrecion bastante para descubrir su futilidad, solo mira á los franceses delante, á quienes conoce por declarados enemigos, y á los ingleses al lado, á quienes le dicen que debe mirar como amigos sospechosos. Yo dexo á la gente de razon que deduzca la consecuencia, en tanto que me empleo en bosquejar el pernicioso influxo que tales papeles han de tener indispensablemente en la gran parte de España que está en poder de los franceses.

El nervio de la guerra de la independencia española es la esperanza: si una vez se llega á persuadir la mayor parte de España de que pelea en vano, y que al fin ha de quedar sometida, Napoleon completó su triunfo. Desgraciadamente, todo parece que conspira á apagar esta llama, principio verdadero de la insurreccion. La esperanza, como el fuego, se consume á fuerza de excitarla. ¡Quantas veces han estado los infelices habitantes de Madrid en vísperas, segun su entender, de ser libertados! Quantas veces lo han creido los demas pueblos de la peninsula! Y todo se ha disipado en humo! La guerra continúa devastándolos, privándoles aun de los medios de subsistir, y haciéndolos gemir en la última miseria. Pues ahora la afliccion de los pueblos que ya un dia estan ocupados de una partida de franceses, ya otro de una guerrilla, ¿quien podra pintarla? Contribuciones, persecuciones, ódios; todos los males mas horribles se desatan contra ellos. En medio de esta afliccion á que no ven mas que dos términos; ó la reconquista que les dé la apetecida libertad, ó la entera sumision que les conceda la quietud de los esclavos, buscan consuelo en los papeles de Cadiz, y se hallan con las invectivas que salen allí contra los ingleses: leen los papeles franceses, y ven que coinciden exáctamente con ellos—¿que es

esto? diran naturalmente: Los franceses, en medio de su perversidad, no nos engañan. Nosotros somos el juguete de una política infame. El gobierno español por si solo no nos puede libertar, y la experiencia de tantas pérdidas bien nos lo muestra. Los ingleses solo tienen miras ambiciosas, segun nos dan claramente á entender los mismos que viven con ellos ; que nos resta que hacer sino procurar que se acabe esta guerra quanto antes, y morir en paz, aunque sea en cadenas?—No esto lo que por necesidad se ha de presentar á la imaginacion de los españoles? No me respondan con declamaciones vagas, sobre el espíritu indomable de los pueblos de España, sobre la inextinguible hoguera de patriotismo que arde en ella: en todo convengo; pero este espíritu tarde ó temprano se abatirá si se le quita su apoyo—esta hoguera se apagará si constantemente se le está echando agua. ¿Y podrá dudarse que la desconfianza en Inglaterra inspirada que sea en los pueblos, contribuirá á este temible resultado? Tiempo hubo en España en qué bastaba que los franceses hiciesen, ó dixesen alguna cosa; para que no pudiera recomendarse á los españoles, sin peligro, aunque fuese la mejor del mundo. Pero ya hemos llegado al punto en que se aspira al aplauso público repitiendo las invectivas que los franceses han mirado como su arma favorita en la conquista de España: Invectivas que el mismo gobierno confiesa que hay razon para creer que tienen su origen en los agentes de Napoleon.—Lexos de mi el recomendar la persecucion de la libertad de imprenta. Oxalá que el orgullo del amor propio resentido guardase en Cadiz los miramientos á esta libertad, que el mas tranquilo interes por los negocios públicos ha observado en el presente caso! Oxalá no se encerrase en calabozos á los autores de papeles públicos, ni se obligase á otros á buscar liber-

tad mas alla de los mares.* Pero es desgracia que habiendo actividad tan dañosa contra los que atacan á un golilla, ó á un ministro, no trate el gobierno siquiera de oponerse á las intrigas que reconoce por de Napoleon; no, persiguiendo (porque es imposible averiguar si la intención con que se escribe es mala) sino influyendo en que se deshagan con otros escritos las maquinaciones de sus partidarios.

Es esto tan facil que me admiro de ver que la fuerza de la razon no baste, sin influxo del gobierno, á mover á algunas de las plumas que tanto se ejercitan ahora en Cadiz, á hacer este utilísimo servicio á la causa. Para mi tan evidente es que los ingleses estan de buena fé con los españoles, como que los franceses lo estan de mui mala. Si las interpretaciones, y pruebas negativas han de guiarnos en semejantes materias, como pretenden algunos en contra de los ingleses, al momento tienen los franceses hecha su completa apologia. Los ingleses (dicen) es verdad que derraman ahora su sangre por los españoles; pero luego pretendaran sacar de ello su partido.—Si esto vale, los afrancesados diran al punto, y valdrá lo mismo—los franceses derraman ahora vuestra sangre; pero luego os haran sacar partido de la conquista. Si es bueno el argumento de; los ingleses nos dan dinero; pero es solo el que basta para mantenernos en guerra,—bueno será el de; los franceses nos quitan todo el que pueden; pero es para con la pobreza obligarnos á gozar la felicidad de la paz.—Si sale la consecuencia en el argumento de los que dicen, los ingleses pelean en nuestro favor; pero se retrahen de seguir la victoria porque nos quieren mal; saldrá igualmente en el de los que

* El autor del Robespierre español fué puesto, y aun creo que está, en un calabozo, por algunas inyectivas que se permitió en su papel, y esto, á lo que entiendo, sin previo juicio público. El autor del *Duende Político* iba á sufrir la misma suerte, y tuvo que escapar de Cadiz, embarcandose, segun parece para los Estados Unidos.

digán, los franceses pelean contra nosotros y siguen con tanto ardor las victorias porque nos quieren bien.

No es esto burlarse. En mi opinion el que duda de la buena fé de Inglaterra despues de lo que ha hecho por España, da crédito a no menores delirios que los que acabo de poner por exemplo. Los argumentos en su favor son reales y positivos: los que quieren hacer valer en contra, son meras y vagas negaciones. En estos argumentos no se atiende á las tropas, dineros, y socorros que manda; sino á los que no manda: No se hace caso de las batallas que gana; sino de las que no gana. Solo en una cosa mudan sus contrarios de método, y es quando olvidandose de lo infinito que la Inglaterraa *no pide*, le echan en cara lo poco que *pide*.

La Inglaterra pide comercio libre con las Américas. ¡Que iniquidad! Pero Señores; la Inglaterra está haciendo un gasto enorme por España.— Por no dexar á Bonaparte que la señoree, tiene cerrados todos los puertos del continente. Su comercio necesita de nuevos canales—el concederle España que lo haga en las Américas, es, en realidad concederle lo que no puede impedirle—es concederle lo que á España no puede aprovecharle—es concederle lo que puede proporcionarle entradas al erario español por una imposición moderada de derechos—es concederle lo que le evita una guerra civil—es concederle lo que evita la pérdida de sus Américas.—No importa—la Inglaterra debe estar absolutamente á lo que nosotros digamos, y si no se quiere arruinar con nosotros, y anuestra manera, es prueba de que es nuestra enemiga. La Inglaterra *pide* que se le dexé interponer su mediacion para sosegar los horrores de América—¡Traicion! La Inglatersa quiere separarnos las colonias.—¿Pues tendria mas que hacer para esto que dexarlas? La Inglaterra *pide* que á Lord Wellington se le dé el mando militar de las provincias cercanas á Portugal—Usurpacion!

—Pero es porque por falta de organizacion en los gobiernos de Provincia teme verse, como despues de la batalla de Talavera, sin poder ir adelante por falta de subsistencias.—No importa debe cerrar los ojos, y ponerse en nuestras manos.—Pero hasta los generales españoles se quejan de que no son auxiliados con lo que necesitan, y el consejo de Regencia se ha visto últimamente obligado á dar órdenes para que los generales puedan tomar lo que hayan menester quando no se les provea con regularidad. Esto prueba que no hay la actividad necesaria en las autoridades; y si los ingleses se hubiesen de internar fiados en ellas, se verian en la precision de tomar por sí lo que necesitasen, y esto daria lugar á discordias, y desórdenes. No hace fuerza, responden; deben adelantarse, y ha de ser como nosotros queremos.

Ahora bien: sea asi. Supongamos que el ejército inglés esté á las órdenes de los descontentos de su conducta. Pregunto ¿que harian de él?—Atacar siempre á los franceses, seguirlos por toda España hasta arrojarlos mas allá del Ebro. Libre entonces la mayor parte la península se podria reunir un ejército español de 80 mil hombres, y seguir la reconquista hasta los Pirineos.—Yo quiero dar á estos espíritus emprendedores todas las victorias que se necesitan para el plan; quiero concederles que se puedan pedir en justicia á Inglaterra todos los sacrificios que esta ciega empresa exígeria; pero ya que yo les doy de barato las victorias es preciso que me concedan, que aunque no sea mas que en hombres, deberian tener una pérdida mui considerable, y que al llegar á Madrid, el ejército inglés victorioso bien habria perdido la mitad de su número. Los franceses que no se disipan facilmente como moscas se defenderian bastante para dar tiempo á que viniesen refuerzos, y paso á paso, y cediendo terreno se acercarian á encontrarlos. El ejército español de 80 mil hombres necesitaria de armas, vestuario, y

demas—todo lo debería dar Inglaterra. Sea así: pero la Inglaterra no puede mandarles organizacion y disciplina, como fusiles y uniformes; al cabo de seis ú ocho meses, serian atacados por nuevas fuerzas francesas, y probablemente sucederia lo que en Espinosa, y Tudela. ¿Que habriamos adelantado entonces?—La Inglaterra debería doblar el número de su ejército.—Tiene acaso la Inglaterra almacenes de hombres? Jamas ha mantenido un ejército como el que ahora tiene; esto lo debe á un esfuerzo extraordinario; y aun se quiere que lleve este esfuerzo á un exceso, que la exponga a su ruina. ¿Porque?—Porque es nuestra aliada—¿Y no hay otros medios menos costosos, y menos expuestos?—Esos no los queremos.

Permitanme ahora que explique esta conducta con un exemplo familiar. Yo estoy desnudo, no tengo dinero, y no puedo salir á la calle, ni seguir en mis negocios hasta que no me vista. Tengo un amigo mercader á quien le expongo mi situacion, y él me manda al momento una pieza de paño. Por desgracia me acuerdo de que en algun tiempo fui sastre; mas la falta de práctica me ha hecho olvidar mucho el oficio. Pero veámos: vengan las tixeras. Tajo aqui y alli—los calzones no á llegan á la rodilla—las mangas han salido ambas para un brazo—Cortemos otro vestido.—Lo mismo—a Dios, pieza de paño! Comunico al amigo mercader mi cuita y él me manda otra pieza, diciendo que si quisiera permitir que su sastre me sirviese, es guapo hombre, y en un dos por tres estaria vestido. Sastre á mi! bueno fuera! que se diria de un Maestro aprobado, con su patente! No, Señor, venga la pieza Nuevas medidas, nuevos cortes::: no sale. Señor Mercader, haga Vsted favor de otra pieza—Que dice Vsted, hombre? ¿Me va Vsted á consumir la tienda?—Deme Vsted esos pedazos que ha taraceado Vsted, yo los haré surcir, y dentro de pocos dias

estará Vsted como un palmito—Yo vestido por mano de Sastre, y de pedazos!—Vsted Mercader interesado y malicioso, no pretende mas sino que yo ande sin calzones, ó que me los ponga sin honra. Si no quiere Vsted que lo declare por un mal hombre, y peor amigo, mandeme Vsted piezas de paño en que yo me tape mi tixera.



CÓRTESES.

No he podido averiguar si las cortes han decretado ya algo sobre la célebre cuestión de Señoríos. En el número anterior inserté algunos de los discursos que en este importante debate se habian leído en ellas; pero aunque pensé en insertar algunos mas, veo que ocuparian demasiado, y aunque hay algunos mui sabios, casi se pueden reducir á lo que en aquellos se ve expuesto por una parte y otra. Mi opinion en la materia, es que la cuestión no es propia de las circunstancias en que se halla España: si se despoja á los poseedores de sus derechos, ó bienes, no habrá quien los compre—lo uno por la incertidumbre de la guerra—lo otro por la incertidumbre del título de posesion, que este despojo ocasionaria. Los compradores son mui desconfiados, y entienden poco de *Bártolos*, ni *Baldos*—ven que la posesion de tantos años no es buen título en los señores, y temerian que á qualquier trastorno les sucediese á ellos lo mismo. Si se fuesen á exáminar los títulos de todo género de propiedades: qual estaria segura? Séria menester que la sociedad empezase como á existir de nuevo, y que las Cortes se empleasen en hacer un repartimiento por igual entre los pueblos.

Entre los privilegios de Señoríos hay muchos que son injustos y dañosos en su esencia. Las Cortes debieran establecer una comision que exáminase las

quejas de los pueblos, acerca de ellos, y exáminase los títulos en que tales privilegios se fundan. Debieran segun informe, anular los que oprimiesen al pueblo, satisfaciendo siempre al propietario que lo fuese por título oneroso. Debieran dar facultad á todos los señores para enagenar sus propiedades, aun las vinculadas, con menos restricciones y gravámenes que se hizo en tiempo de Carlos 4^o, y con prohibicion de que se vinculasen de nuevo. Semejantes medidas tendrian á mi parecer mejor efecto que no las que sin producir beneficio al erario, ni aun momentáneamente, solo aparecen en el dia como un deseo de humillar, á los que no obstante todo quanto se puede decir contra ellos, han hecho por la mayor parte, quanto han podido en favor de la causa de España, abandonando sus bienes, quando José Napoleon les ofrecia aumentarlos con honores. Una provocacion esteril, é intespestiva podria ser demasiado favorable á los franceses.

Si las Córtes tienen tanto empeño en vindicar la igualdad de los hombres, ¿ porque se han olvidado de la propuesta del Sor Arguelles sobre la esclavitud? No para extinguir sus actuales é irremediables efectos sino para acabar de cegar su fuente, origen de tan grandes males. Este punto no solamente es proprio del dia, porque con mui poca atencion que le den las Córtes pueden hacer infinito bien, como ya dixe en otra ocasion, sino porque, con verguenza de la nacion, estan sirviendo sus buques de instrumento para continuar este bárbaro tráfico. Por una casualidad he sabido que en este almirantazgo hay un recurso pendiente sobre esta materia.

Yo no sé quien se emplea en la Isla de Cuba en armar barcos para la costa de Africa. Entre ellos salio una goleta llamada Santiago. Empezó á hacer su cazeria de hombres, y entre cincuenta que ya tenia á bordo, habia un Banna de los que pertenecen al establecimiento ingles de Sierra

Leona; establecimiento destinado á extender la civilizacion y el cristianismo en aquellos payses. El buque de guerra ingles cocodrilo, dio con la goleta, y hallandola, por el echo de tomar un súbdito ingles, cometiendo hostilidades, por este y otros motivos que no sé bien, la dio por buena presa. Creo que no ha sido la única que ha tenido la misma suerte. Los armadores la reclaman. Yo creo que todo español se deberá avergonzar de que haya en su nacion semejantes armadores. Seria pues muy honroso para las córtes dar un decreto que cortase de raiz este bárbaro desórden y no dexar que españoles fuesen los últimos que lo exerciesen.

AMÉRICA.

Las Cortes, me aseguran, que han desechado la pretension de la Infanta Da. Carlota, sobre ser regenta del reyno. El desechar esta pretension, permitiendo, ó apeteciendo la entrada de tropas portuguesas en los territorios españoles, es una conducta inexplicable. ¿Como es que no recelan de ver tropas extranjeras en las apetecibles provincias españolas de América, quando tan zelosos estan del demasiado influxo ingles en la conciliacion de aquellos payses? ¿Piensan que si los portugueses venciesen á las tropas de Buenos-Ayres se retirarian con sus manos lavadas, y contentos con que se les diesen las gracias?—y esto acabada de negarse una pretension de su princesa, que aunque no sea conveniente admitirla, no puede dudarse que tiene títulos plausibles. Las Cortes deben acabar de desnudarse de ese resentimiento que tan falsa política les ha hecho observar con América.

NOTICIAS.

Ninguna hay que pueda consolar, desde el mes pasado hasta aora. Figueras cayó otra vez en manos del enemigo, y ademas de lo doloroso que es

perder la ventaja importante que en esta plaza tenia España, causa infinito pesar ver perdido tanto valor y determinacion como costó ganarla. Quatro ó cinco mil valientes se han perdido, en el sitio y la toma. ¿Porque? Porque en España hay un valor heróico, y en Cataluña como en pocas partes—pero es valor muchas veces perdido, porque no hay sistema que reuna y fortifique unas con otras las fuerzas. En Cataluña habia un ejército—de su valor nadie puede dudar, que conozca á los Catalanes: ¿En que ha consistido que no podido valer á ninguna de su plazas?

El general Abadia, y su compañero Santocildes han tenido que cejar un poco; pero los talentos que manifiestan, la cercania del ejército ingles, y el valor y constancia de los gallegos, han detenido en su carrera á los franceses. Mucho se puede esperar de Galicia, si todo va á una, generales y autoridades. Inglaterra está distribuyendo siempre socorros en aquellas costas. ¿Quantos mas daria si se le concediese alguna seguridad de que no habian de ser malogrados!

Blake se separó del ejército aliado (no se sabe porqué, y aun es mui probable que ni su compañero el general Castaños lo supo). Fue á Cadiz: salió otra vez: se unió al ejército de Freyre; y ambos han tenido que retirarse batidos. Las noticias no vienen nunca bien claras; pero yo veo en ellas lo que siempre: *valor desperdiciado: Sacrificios de unos, y dispersion de otros.* ¿Quando se acabarán de convencer en Cadiz, de que es indispensable formar un ejército sobre otro pie; y que es preciso adoptar para ello medidas *extraordinarias*?